

# PATRIA FUERTE

POR!

LEOPOLDO LUGONES



BUENOS ATRES
TALLER GRÁFICO DE LUIS BERNARD
BILLINGHURST 623
1-1930

#### CÍRCULO MILITAR BIBLIOTECA DEL OFICIAL

PUBLICACIÓN FUNDADA POR INICIATIVA DEL CORONEL RODOLFO MARTÍNEZ PITA

LA PATRIA FUERTE

PERTENECIÓ A
OPOLDO LUGONES

# CÍRCULO MILITAR \* BIBLIOTECA DEL OFICIAL

PREMIADA CON MEDALLA Y DIPLOMA DE HONOR EN LA EXPOSICIÓN DE RÍO DE JANEIRO (1923)

# LA PATRIA FUERTE

POR

LEOPOLDO LUGONES



BUENOS AIRES
TALLER GRÁFICO DE LUIS BERNARD
BILLINGHURST 623

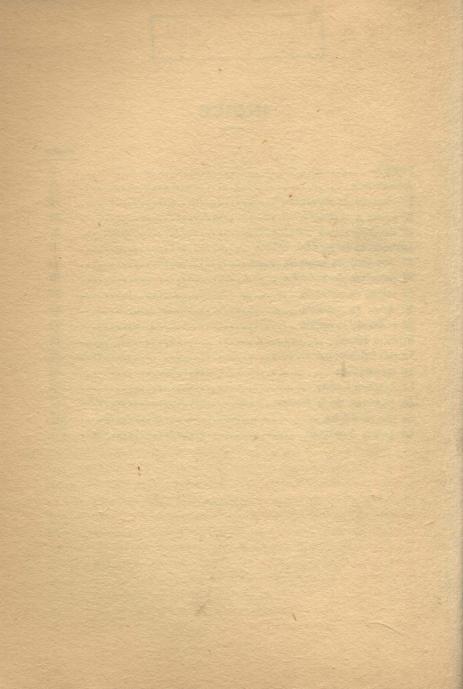
BIBLIOTECA NACIONAL

Queda hecho el depósito que marca la ley N.º 7092.

## BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

#### INDICE

	Página
Prefacio	7
Advertencia	11
El discurso de Ayacucho	13
El tesoro y el dragón	21
El desarme naval	27
La hora de la espada	35
El concepto de potencia	43
El principio de potencia	49
El estado de potencia	57
El deber de potencia	65
El poder de la nación	73
Roma o Moscú	79
La paz bolchevique	87
La encrucijada	93
La América Latina	103
La dignidad de la fuerza	113
La paz ideológica	117
La patria inmortal	121



#### PREFACIO

La subcomisión de instrucción del Círculo Militar, al cual tengo el honor de pertenecer, me pide para la «Biblioteca del Oficial» algunos de los artículos publicados por mí en «La Nación», como otras tantas expresiones de la reacción patriótica que impone el estado social de nuestro país. Fuera cobardemente inútil disimular la crisis que soportamos. A más del dominio económico, tan importante por cierto, ella compromete sobre todo el orden moral, significando, en dos palabras, una sistemática corrupción de la conciencia pública. Hogar y escuela, oficina y taller, hállanse contaminados por la propaganda disolvente, de origen y hasta de subvención extranjeros, que enseña la negación del deber y el menosprecio de la Patria. El restablecimiento de la disciplina, perturbada como se ve en los fundamentos de la existencia colectiva: familia y educación, administración y trabajo, viene, pues, a plantear un caso de verdadera defensa. nacional. Y como la disciplina es la virtud militar por excelencia, el antimilitarismo sintetiza a su vez las aspiraciones de aquella propaganda. El odio al ejército es pasión de todos nuestros demagogos, hasta cuando por motivos circunstanciales lo disfrazan con palabras o con favores. Cada cual procura, así, aprovecharlo como instrumento, sin perjuicio de aborrecer en aquella virtud lo que constituye la dignidad de la carrera. La disciplina militar es, en efecto, la sistematización del espíritu de sacrificio: y bajo este concepto, la religión de la Patria. Así resulta superior al propio heroísmo, o es, mejor dicho, el heroísmo permanente transformado en el sistema habitual de conducta que llamamos «moral práctica». Socialmente hablando, la disciplina militar es la civilización de la fuerza; y con ello, un precioso elemento de cultura; puesto que este resultado espiritual consiste en

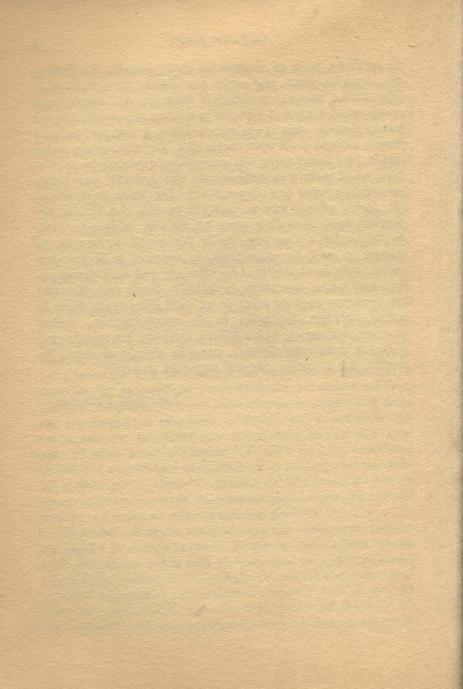
la formación de la conciencia.

Todos aquellos que no somos, pues, políticos ni militares, sino únicamente patriotas ajenos al interés profesional, defendemos en la disciplina un bien supremo de la nación; y deseamos que lejos de convertirse en instrumento de nadie, el ejército sea dueño de su destino. Formádo por la nación, en la persona de su juventud más apta, representa a la nación así resumida, y constituye, mediante esa selección, la nobleza de la República. Es, en sí mismo, el poder de la nación; y como está formado por ciudadanos que de tal modo cumplen su principal deber, su responsabilidad ante aquélla es también la más elevada. Nada hay más alto que las armas de la nación; y por esto les concierne la custodia de la bandera. La misma ley de organización del gobierno condiciona el derecho del sufragio al cumplimiento del deber militar. En éste empieza, pues, el ejercicio de la capacidad cívica. El ciudadano completo se define por el soldado. De tal suerte, la oficialidad que desempeña los comandos de ese ejército posee el honor más alto de la República: privilegio moral que compensa el sacrificio permanente de la disciplina. Ceñir la espada de la nación, es pertenecer a los mejores de la nación. Estado que, por lo vitalicio, equivale a una verdadera nobleza.

Bajo tal concepto, nada nuevo, sin duda, pero olvidado en el extravío general de la conciencia pública, rindo a la oficialidad argentina el homenaje de estas páginas. Capitán yo mismo de la Guardia Nacional que integra el ejército ciudadano, permítaseme añadir que pongo en ello una cordialidad de camarada. Por esto inicio el libro que sale, con la reproducción del discurso pronuncia-

do en Lima para el centenario de la batalla de Ayacucho. Aquella pieza, por ser lo que debía: UNA GLORIFICA-CIÓN DE LA ESPADA, provocó la diatriba del liberalismo continental contra el ejército y contra mí, anudando un nuevo vinculo, que tanto me enaltece, y comportando al propio tiempo toda una revelación. La demagogía enfurecida tiró la máscara. Su concubinato socialista se destapó en el mismo escándalo que nos armaba, por haber sostenido yo que la Independencia fué fruto de la victoria. Inútil añadir que me ratifico en ello. La Patria Argentina no es hija de la política, sino de la espada. Desde Suipacha a Caseros, desde Ituzaingó a Tuyutí, la guerra la creó, la constituyó, la aseguró y la fortificó en la senda de su destino. Es ella-iy qué mejor cosa podría ser?—una expresión de triunfo. Baste recordar que los primeros sesenta años de su vida libre, vale decir la mitad, cuentan, inclusive la de emancipación, cuatro guerras nacionales, todas felices. Quieran las espadas argentinas conservar eternos, como lo manda el canto inmortal, los laureles que así supieron ganarle.

LEOPOLDO LUGONES



#### ADVERTENCIA

La publicación fragmentaria de mi discurso del centenario de Ayacucho, enviado telegráficamente desde Lima, motivó a mi regreso su inserción total en *La Nación*, de acuerdo con el siguiente pedido que explica a la vez el exordio de dicha pieza:

Buenos Aires, enero 13 de 1925.

Señor Director de La Nación:

La campaña de injuria y difamación desenfrenada contra mí con motivo del discurso que pronuncié en Lima a pedido del poeta don José S. Chocano, para clausurar la fiesta conmemorativa en que éste leyó su canto a la victoria de Ayacucho, indúceme a solicitarle la publicación total de aquella pieza que sólo se ha conocido acá por fragmentos, a fin de que se aprecie debidamente mi responsabilidad y el alcance de las diatribas que una vez más dieron mayor importancia a mi persona que a las ideas, con ser ellas de vivísima actualidad y de interés universal en el actual momento histórico.

Permítame añadir aún que vinculado todo eso a las declaraciones que en Valparaíso formulé sobre el movimiento militar de Chile, me ratifico en ellas; pues considerando allá como acá mejores a los militares que a los políticos, y no siendo yo una ni otra cosa, deseo con imparcialidad—allá como acá—el gobierno de los mejores.

#### A. 古型基型 数理VGA

The contract of the contract o

The second of the second secon

# LA PATRIA FUERTE

#### EL DISCURSO DE AYACUCHO

Señoras, Excelentísimo Señor Presidente de la República, Señores:

Tras el huracán de bronce en que acaban de prorrumpir los clarines de la epopeya, precedidos todavía por la noble trompa de plata con que anticipó la aclamación el más alto espíritu de Colombia (1), el Poeta ha dispuesto, dueño y señor de su noche de gloria, que yo cierre, por decirlo así, la marcha, batiendo en el viejo tambor de Maipo, a sincero golpe de corazón, mi ronca retreta.

Válgame eso por disculpa en la inmensa desventaja de semejante comisión, ya que siempre hay algo de marchito en el laurel de la retirada.

Dejadme deciros solamente, señores, que trataré de poner mi tambor al ritmo viril de vuestro entusiasmo; y vosotras, señoras, puesto que estáis aquí para mi consuelo, en la nunca desmentida caridad de vuestros ojos hermosos, permitidme que como quien le pasa una cinta argentina por adorno distintivo, solicite, en amable símbolo blanco y azul, el amparo de la gracia y la belleza.

<sup>(1)</sup> Don Guillermo Valencia, ilustre escritor y jefe de la embajada extraordinaria de su país.

Ilustre Capitán del Verbo y Señor del Ritmo:

Habéis dado de prólogo al Magno Canto lo único que sin duda correspondía: la voz de la tierra en el estruendo del volcán; la voz del aire en el viento de la selva; la rumorosa voz del agua en el borbollón de la catarata.

Así os haré a mi vez el comentario que habéis querido. Os diré el Ayacucho que vemos desde allá, en el fuego que enciende sobre las cumbres cuya palabra habéis sacado a martillazo de oro y hierro, el sol de los Andes; y como tengo por el mejor fruto de una áspera vida el horror de las palabras vanas, procuraré dilucidar el beneficio posible que comporta para los hombres de hoy esa lección de la espada.

Tal cual en tiempo del Inca, cuando por justo homenaje al Hijo del Sol traíanle lo mejor de cada elemento natural las ofrendas de los países, la República Argentina ha enviado al glorioso Perú de Ayacucho todo cuando abarca el señorío de su progreso y de su fuerza.

Y fué, primero, la inolvidable emoción de aquel día, cuando vimos aparecer sobre la perla matinal del cielo limeño al fuerte mozo que llegaba (2), trayéndose de pasada un jirón de cielo argentino prendido a las alas revibrantes de su avión.

Y fué el cañón argentino del acorazado que entraba (3), al saludo de los tiros profundos en que parece venir batiendo el corazón de la patria: lento, sombrío, formidable, rayado el casco por la mordedura verde del mar, pero tremolando el saludo del Plata inmenso en la sonreída ondulación del gallardete.

Y fueron los militares que llegaban, luciendo el uniforme de los granaderos de San Martín, y encabezados —permiso mi general (4)—por la más competente, limpia y joven espada del comando argentino, por supuesto

<sup>(2)</sup> El aviador Hilcoat.

 <sup>(3)</sup> El «Moreno», a las órdenes del señor comandante Cueto.
 (4) El embajador argentino general Justo, Ministro de Guerra.

que sin mengua de ninguna, para traer en homenaje la montaña de los cóndores y la pampa de los jinetes.

Y es la inteligencia argentina que va llegando en la persona de sus más eminentes cultores, y que me inviste por encargo de anticipo, que no por mérito, con la representación de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, la Universidad de la Plata, el Círculo Argentino de Inventores, el Círculo de la Prensa, el Conservatorio Nacional de Música, la Asociación de Amigos del Arte, y el Consejo Nacional de Educación que adelanta, así, al Perú el saludo de cuarenta mil maestros.

Y por último, que es mi derecho y el más precioso, porque constituye mi único bien personal, aquel jilguero argentino que en el corazón me canta la canción eternamente joven del entusiasmo y del amor.

Por él me tengo yo sabida como si hubiese estado allá la belleza heroica de Ayacucho.

Al son de cuarenta dianas despierta el campo insurgente bajo la claridad de oro y la viva frescura de una mañana de combate. Deslumbra en el campo realista el lujo multicolor de los arreos de parada. En el patriota, el paño azul obscuro uniforma con pobreza monacal la austeridad de la república. Apenas pueden, allá, lucir al sol tal cual par de charreteras; y con su mancha escarlata, provocante el peligro, la esclavina impar de Laurencio Silva, el tremendo lancero negro de Colombia.

Mas he aquí que restableciendo por noble inclinación las costumbres de la guerra caballeresca, los oficiales de ambos ejércitos desatan sus espadas y vienen al terreno intermedio para conversar y despedirse antes de dar la batalla. Con que, amigos de otro tiempo y hermanos carnales, que también los hay, abrázanse allá a la vista de los ejércitos, sin disimular sus lágrimas de ternura. Y baja de la montaña Monet, el español arrogante y lujoso, peinada como a tornasol la barba castaña, para

prevenir a Córdova el insurrecto que va a empezar el combate.

Aquel choque final es un modelo de hidalguía y de bravura. Concertado como un torneo, dirigida la victoria con precisión estética por el joven mariscal, elegante y fino a su vez como un estoque, nada hubo más sangriento en toda la guerra: como que, en dos horas, cayó la cuarta parte de los combatientes. Mientras la división de Córdova acomete al son sentimental del bambuco, el batallón Caracas, esperando su turno, que será terrible, juega bajo las balas los dados de la muerte.

Desprovistos de artillería los patriotas y perdida pronto la realista cuyos cañones del centro domina al salto, como a verdaderos potros de bronce, el sargento Pontón, la batalla no es más que una cuádruple carga de

sable, lanza y bayoneta.

Carga de Córdova, el de la célebre voz de mando, que, alta la espada, lánzase a cabeza descubierta, encrespándosele en oro la prosapia de Aquiles al encenderle el sol su pelo bermejo. Carga de Laurencio Silva que harta su lanza en el estrago de ocho escuadrones realistas. Carga de Lara que cierra el cerco de muerte, plantando en el corazón del ejército enemigo el hierro de sus moharras.

Cuando he aquí que la última carga va a decidir la victoria. Son los Húsares Peruanos de Junín, al mando del coronel argentino Suárez. Y entre ellos, a las órdenes de Bruix, los ochenta últimos Granaderos a Caballo. De los cuatro mil hombres que pasaron los Andes con San Martín, sólo esos quedan. Pintan ya en canas los más: sus sables hállanse reducidos por mitad al rigor de la amoladura que saca filo hasta la guarda. Y en ese instante, desde la reserva que así les da la corona del postrer episodio, meten espuela y se vienen. Véanlos cruzar el campo, ganando la punta de su propio torbellino. Ya llegaron, ya están encima. Una rayada, un re-

lámpago, un grito: ¡Viva la Patria!...—y al tajo, volcada en rosas de gloria la última sangre de los soldados del rey.

Esas lágrimas de Ayacucho van a justificar el recuerdo de otras que me atrevo a mencionar, animado por

la cordialidad de vuestra acogida.

Y fué que una noche de mis años, allá en mi sierra natal, el adolescente que palidecía sobre el libro donde se narraba el crucero de Grau, veía engrandecérsele el alma con las hazañas del pequeño monitor, embellecidas todavía por la bruma de la desgracia. Y sintiendo venírsele a la garganta un llanto en cuya salumbre parecía rezumar la amargura del mar lejano, derramaba en el seno de las montañas argentinas, sólo ante la noche y las estrellas de la eternidad, lágrimas obscuras lloradas por el Huáscar.

Señores: Dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de

la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogía o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines.

Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad,

El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una

añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido.

La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad.

En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquélla. En esto consisten su deber y su sacrificio. El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza.

Habría traicionado, si no lo dijera así, el mandato de las espadas de Ayacucho. Puesto que este centenario, señores míos, celebra la guerra libertadora; la fundación de la patria por el triunfo; la imposición de nuestra voluntad por la fuerza de las armas; la muerte embellecida por aquel arrebato ya divino, que bajo la propia angustia final siente abrirse el alma a la gloria en la heroica desgarradura de un alarido de clarín.

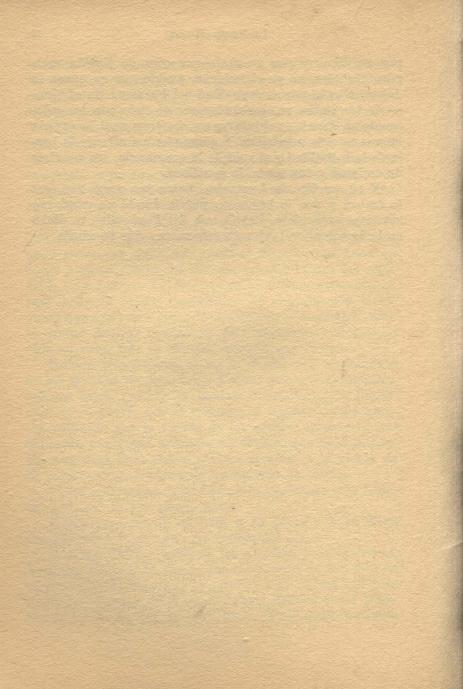
Poeta y hermano de armas en la esperanza y la belleza: ahí está lo que puede hacer.

Déjame solamente decirles a tu Lima y a tu Perú dos palabras finales que me vienen del alma.

Gracias, dulce ciudad de las sonrisas y de las rosas. Laureles rindo a tu fama, que así fueran de oro fino en el parangón de homenaje, y palmas a tu belleza que hizo flaquear—dichoso de él en su propia demisión—al Hombre de los Andes con su estoicismo. ¿Pues quién no sabía

por su bien—y por su mal—que ojos de limeña eran para jugarles, no ya el infierno, puesto que en penas lo daban, sino la misma seguridad del Paraíso? En el blanco de tus nubes veo embanderarse el cielo con los colores de mi Patria, y dilatarse en el tierno azul la caricia de una mirada argentina. Y generosas me ofrecen la perla de la intimidad y el rubí de la constancia, tus sonrisas de amistad y tus rosas de gentileza.

Y tú, nación de Ayacucho, tierra tan argentina por lo franca y por lo hermosa; patria donde no puedo ya sentirme extranjero, Patria mía del Perú: vive tu dicha en la inmortalidad, vive tu esperanza, vive tu gloria.



## EL TESORO Y EL DRAGÓN

#### SEPTIEMBRE DE 1927

Las potencias no pueden desarmarse porque son potencias. O en otros términos: sólo pueden pretender el desarme los que no se hallan armados. Porque el armamento es la expresión, pero no la causa, de su potencia. Esta consiste en un estado vital de predominio sobre otros cuya vitalidad absorbe en parte o incorpora del todo, y que aspirando al disfrute completo de esa vitalidad así captada, tornan imprescindible el uso de la fuerza para el organismo subordinante. Tal es, por otra parte, el concepto fundamental de la vida. Todas las funciones de la nutrición son actos de fuerza, aplicada simultáneamente a la captación de los elementos cuva vitalidad incorpora de este modo el organismo captor, y a la anulación de las reacciones con que intentan evitarla. Así, desde la aprehensión y masticación de los alimentos, hasta la digestión que los apropia por medio del ataque químico; y desde la asimilación que los incorpora a la entidad vital por ellos enriquecida, hasta la defensa glandular que la asegura. Sólo cuando ha logrado con esto su prosperidad, puede efectuar el organismo las otras funciones en el grado satisfactorio que constituve la vida dichosa. Y como ellas exigen también cierto exceso dispersivo tendiente a asegurar la prosperidad de la especie, conforme lo enseña con particular claridad la reproducción, el organismo debe aprovisionarse en abundancia para poseer suficientes reservas. La riqueza es una necesidad biológica y social. Su posesión exige, a la vez, un suplemento de fuerza que la asegure.

Con lo cual la capacidad para el disfrute de la vida, y este mismo gozo que llamamos sintéticamente salud, resulta, asimismo, un acto de fuerza.

Siendo, a su vez, la sociedad una congregación de entidades vitales que así proceden, su organización tiene que corresponder a idéntica biología. Puesto que el objeto de dicha congregación es, precisamente, la prosperidad de aquéllas. Inútil añadir, porque es de mero buen sentido, que los fenómenos intelectuales y morales están comprendidos en la entidad biológica. La distinción metafísica estre espíritu y materia, o fuerza y derecho, no es más que una sutilización ideológica del concepto con que la teología considera al ser humano como una entidad doble, constituída por el alma y el cuerpo en que se hallaría encarnada; pues, políticamente hablando, lo cierto es que dicho postulado resulta en conflicto irreducible con la realidad. Por lo demás, en la nación como en el hombre, sólo existe la susodicha distinción cuando la mente se pone a imaginar un sistema de vivir, que, si bien se mira, no es más que la suplencia ideal de una información deficiente; dado que, si supiéramos cómo y con qué determinación funciona la vida, éste sería el sistema, con exclusión de cualquier otro.

Mientras el hombre careció de la experiencia necesaria para comprender que esas condiciones de la vida son inaccesibles a su mente, pretendió adecuar la vida a sus sistemas imaginarios; pues, creyéndose la entidad superior a la Naturaleza, debía poder someterla a la norma de su razón. Y la arbitrariedad de la premisa engendró la tiranía filosófica que alcanzó su máxima intensidad en la Revolución Francesa.

La anticipación crítica de semejante falacia correspondió al genio de Maquiavelo; pero faltaba su confirmación positiva mediante una expresión histórica de carácter general, y una información científica concurrente. La pasada Guerra Mundial fué lo primero; mientras

la observación, la especulación y el análisis de los fenómenos, revelaban que la inteligencia es una organización estadística de sucesos ya ocurridos, cuya repetición futura infiere por la reiterada comprobación de su frecuencia. Así es como ha fracasado la ideología democrá-

tica que era uno de esos sistemas imaginarios.

Podemos afirmar que el género humano es una entidad zoológica, no una persona jurídica. Así, la misma nación autora de los derechos del hombre, ha tenido que desconocerlos en otras colectividades, sometiéndolas por las armas, bajo el imperio de su conveniencia o necesidad. Porque, además de una entidad zoológica, el género humano es feroz como todos los carnívoros. La guerra constituye para él una función vital, resultante de su índole conquistadora y agresiva. Único entre las fieras, ha creado, todavía, la gloria, o sea la complacencia y admiración del triunfo por el triunfo mismo. La ideología pacifista es, pues, contraria a dicha índole. Su organización constituye otro sistema imaginario.

Con todo, es evidente la ventaja de la paz, como lo es la de la vida sobre la muerte. Pero aquí se impone un criterio de posibilidad. Así como lo que el médico sensato se propone no es suprimir la muerte sino defender la vida, parece que el propósito del estadista discreto debiera consistir, no en la abolición de la guerra sino en la conservación de la paz. Pero, entonces, la idea del desarme se desvanece, puesto que la paz, como todo bien humano, requiere la garantía de la fuerza. Por otra parte, la seguridad es indispensable a la paz; pero, en el estado actual de la conciencia y de los intereses públicos, no es concebible la seguridad sin armas. Indispensables, cuando menos, para garantir el orden interno, la posibilidad de emplearlas en la agresión exterior, es obvia. Conformes, se dice; pero el desarme sólo se refiere al armamento excesivo, que es el más peligroso.

Mas quién define y determina el exceso? Llamadas

a deliberar, por su propia iniciativa soberana, las naciones no consiguen entenderse. Es que eluden el hecho capital de su vinculación forzosa, o razón misma de existir, que es un equilibrio potencial. La insolubilidad del problema estriba en que no depende ni de la conveniencia ni de la voluntad. Porque no se vive como se quiere o conviene, sino como se puede. El mencionado equilibrio potencial es un resultado histórico cuyo factor inicial fué, probablemente, la guerra de Cien Años. Separado del complejo nacional, el desarme conviene: entenderlo, es cuestión aritmética. Dentro de aquél resulta imposible. No hay nación en el mundo que pudiendo bastarse completamente, no necesite competir con ninguna otra sobre alguna necesidad vital. Y aun cuando así fuera, esa misma prosperidad les resultaría a las otras inaguantable. Para ser completamente próspera, cada nación necesita poseer un exceso de riqueza inaccesible a muchas; con lo cual todas éstas tienen que vivir buscándolo mediante la única actividad conducente a ello hasta hoy: vale decir la conquista. Así, toda nación aspira a ser potencia: y toda potencia es imperialista de suyo. Desarmarse importa renunciar a este estado ventajoso y superior cuyo inconveniente episódico es la guerra: como si por vivir según vivimos, en constante peligro de muerte, renunciáramos al gozo de vivir que multiplica o comporta ese peligro. Al contrario, el peligro que corremos es el precio de aquel placer, sin el cual carece de interés la vida misma. La guerra no es, pues, suprimible en el mundo; pero es evitable durante un tiempo cuya prolongación puede y debe buscarse.

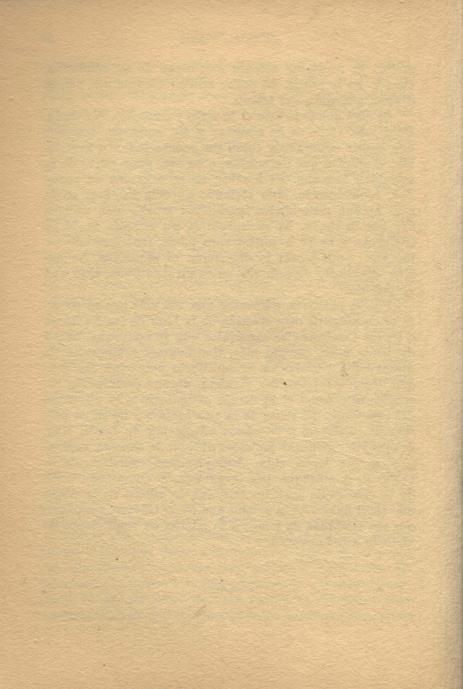
Cómo, por ventura? Disminuyendo el número de naciones débiles; es decir, armándolas a todas de un modo tal, que resulte cada vez más peligroso agredirlas. Es así como el tesoro de la paz estará cada vez mejor guardado. El primer deber de toda nación es volverse o conservarse fuerte, ya con sus propios recursos, que es lo

mejor, ya mediante alianza con otras de su condición, cuando no lo puede. El poder militar viene a ser, así, el

dragón guardián del tesoro.

Se dirá que todo esto es lo viejo y conocido. Sin duda. Pero más vieja es la muerte; y sin embargo, tenemos que seguir contándola como un acontecimiento inevitable: condición que determina, a su vez, gran parte de la actividad humana. El hombre no se organiza en sociedad, raciocinando, sino viviendo su vida integral en la cual actúan necesidades instintivas mucho más poderosas que la razón. El raciocinio es un análisis de lo ya realizado, y hasta lo modifica en parte, reaccionando sobre ello; pero jamás lo determina ni engendra. La nación, dirémoslo filosofando, no es un postulado, sino una enteleguia.

Puede, entonces, afirmarse una vez más que ni en esta ni en ninguna otra reunión de la Liga de las Naciones o de las Conferencias especiales que se convoque, habrá desarme; sino, cuando más, limitaciones temporales de armamento, basadas en el equilibrio potencial. No creo que llegue a formularse, siquiera, alguna declaración inconsecuente como el arbitraje obligatorio o la adopción del esperanto. El reino de la paz perpetua no es de este mundo, conforme a la misma afirmación de Jesús. Mas, del propio modo que podemos abrigar la sensata aspiración a una larga vida, dediquémonos cuerdamente a construir y sostener una larga paz. Y como todo éxito de la vida es de carácter triunfal, lo mismo en la dicha que en el dolor, en lo ameno que en lo trágico, ocupémonos sin tardanza de poner a la nación en condiciones de victoria a todo evento.



#### EL DESARME NAVAL

La nueva conferencia sobre desarme naval, que proyecta el gobierno de los Estados Unidos (febrero de 1927) vuelve a constituir preocupación pública, así en lo concerniente al problema sudamericano como en lo relativo al asio-europeo, con el cual hállase vinculado, según resulta de su inesperada derivación. Es lo que siempre sostuve al ocuparme de estos asuntos, en virtud de tres razones principales que es pertinente recordar: 1.ª Que no existiendo ya distancias para la maquinaria de guerra, cualquier conflicto europeo puede perjudicarnos directamente, si no estamos prevenidos con eficacia y oportunidad. 2.ª Que habiendo entrado a contar como factor preponderante en el mundo la producción agropecuaria de la República, y siendo su posesión por conquista una de las causas esenciales de toda guerra, este resultado decisivo, no solamente nos impone un papel ineludible en el juego de la política universal, sino una vigilancia correspondiente al hecho de que las potencias en ella predominantes, padecen de insuficiencia productora, y están, así, obligadas a comprarnos su inevitable provisión; pues se trata, en efecto, de los artículos de primera necesidad. 3.ª Que no hay política americana concebible sin los Estados Unidos, y que ponernos fuera de ella no haría más que agravar aquel riesgo, suscitándonos otro adversario de semejante poderío.

Dicha posición, honradamente conseguida por la República, crea responsabilidades inherentes a su propio resguardo, puesto que ni en la vida privada basta la honradez de la adquisición para suprimir la policía. Y como en el juego internacional cada nación debe hacer la suya, es interesante saber si nuestras condiciones militares satisfacen tan perentoria exigencia. O sea, si habiéndolas alcanzado con abundancia o con exceso, podríamos acceder a su reducción.

La posibilidad de abusos de fuerza por los países mejor armados del mundo, acaba de producir en la Rusia maximalista un recrudecimiento excepcional de militarismo, cuya enseñanza ejemplar detallaré más abajo; mientras el imperialismo de los Estados Unidos es el tema de actualidad, a propósito de la intervención en Nicaragua. Alarma y preparativos consiguientes corresponden, sobre todo, a los antimilitaristas del mundo entero, lo cual excusa la comprobación de su evidencia. Si Rusia, con su inexpugnable situación territorial y su formidable ejército—el mayor de Europa—reputa urgente militarizarse más, ¡qué será para los países comunicados, circunyalables e inermes!...

Es que, en verdad, los peligros de guerra general se multiplican, conforme lo está indicando y los agrava la ya fracasada invitación; puesto que la negativa de Francia y su preferencia excluyente por la conferencia en trámite ante la Liga de las Naciones, desvanece toda duda—y yo añadiré que toda esperanza. Efectivamente, el predominio del criterio francés en la organización de aquélla, es de lógica perfecta, pero de aplicación imposible, al comprender la totalidad del problema militar y naval de todas las naciones del mundo. Es la Torre de Babel del pacifismo, y nada más fácil que presagiar su abandono. Francia no quiere desarmarse parcialmente, y creo que hace muy bien. Pues no son éstas cosas ideológicas ni de sentimiento, sino resultados inevitables de potencia.

La premura de alcanzar cuanto antes este grado internacional, que consiste en el poder correlativo de bastarse la nación y de imponer su voluntad por cuenta propia, acentúase ante la imposibilidad de la Liga de las Naciones para convertirse, al menos, en una policía moral; pues no es dudoso que la iniciativa de la Unión corresponde al fracaso de las tentativas de desarme, penosamente repetidas desde 1924, cuando Macdonald y Herriot concertaron el Protocolo de Ginebra.

A despecho de las ilusiones suscitadas por ese engendro socialo-radical, afirmé en estas columnas, el mismo día de su adopción, que el desarme era imposible; y los motivos que entonces di han aumentado todavía. Así, para no recordar sino los dos más importantes, la guerra de China y la cuestión del Mediterráneo, reabierta por España con el asunto de Tánger, en el cual lo más peligroso es que el reclamante tiene la razón, pero no la fuerza suficiente para imponerla sin alianza de tercero: complicación tan seria como la de los Balcanes y la del Rhin, que siguen planteadas.

He aquí por qué no pueden desarmarse la Gran Bretaña y el Japón, Italia ni Francia. Es, por otra parte, lo que acaba de manifestar con su característica franqueza la dictadura italiana, redondeando el fracaso definitivo.

La guerra de China es un asunto tan grave, que una batalla decisiva puede transformarla en el conflicto general, proyectado desde Rapallo por la alianza germanorusa, mediante sucesivos tanteos de «gimnasia preparatoria». A eso responden las alarmas de guerra propaladas en Rusia por el Soviet, y la rigurosa militarización consiguiente; pues saben aquellos políticos, que una vez iniciada la parte oriental del plan, cuya dirección rusa es ya evidente, las potencias amenazadas contratacarán por el Vístula, el Danubio y el Rhin, sin contar la acción marítima: guerra que la barbarie deberá sostener fiada en la superioridad de su inmensa fuerza terrestre. Tal fué el propósito renovado por intermedio de Turquía, sucursal del Soviet, con China, Persia y Afga-

nistán, el pasado noviembre, cuando la conferencia celebrada en Odesa por Tewfik v Chicherín reveló a la Europa oficial lo que no quería ver desde 1919. El armamento de Rusia por Alemania, tan negado desde la misma fecha, acaban de denunciarlo oficialmente los socialistas alemanes; si bien estos oportunos políticos, que no debían ignorarlo, desde que acá lo sabíamos con tanta anticipación, se han retardado lo suficiente para que la operación se efectuara de un modo ya irremediable, y para que la instalación del Reich en el Consejo de la Liga, no sólo le suministre la necesaria información del plan enemigo, sino el veto paralizador a que ahora tiene derecho. El ejército chino del Sur está pertrechado por el Soviet con armamento alemán de toda clase. Pues la doble hipócrita paradoja del socialismo, antimilitarista por cuenta ajena, repítese en todo el mundo: guerra nacional y civil, sin reparar en medios, y nacionalismo cerrado, en nombre del marxismo internacional. Es, con todo, interesante, que aun cuando disfrace el designio más vil, la idea de patria se imponga a los mismos renegados de su dignidad y de su deber. El socialismo patriota y militarista es, en suma, un grande éxito de la reacción, sin contar la prueba que completa contra el pacifismo. La ideología de la paz resulta en sus manos una mera engañifa. El ejército es malo bajo el estandarte burgués, pero excelente bajo la bandera roja.

Al propio tiempo, amaga por doquiera la ofensiva del liberalismo cómplice. Y en este mismo instante, mientras se efectúa en Bruselas el congreso anticolonial, llamado «de las naciones oprimidas», cinco diputados radicales y socialistas interpelan al gobierno francés contra la extradición de criminales pedida por el nuestro, a causa de que dichos sujetos son comunistas «militantes». Empleados pagados por el Soviet, a quienes debe conocer la policía, efectúan acá mismo la propaganda de la rebelión y del crimen. No es, pues, mera cavilación

la ingerencia posible de gobiernos extranjeros en actos de hostilidad al país. Y queda todavía el petróleo, que inspira tantas sospechas a liberales y maximalistas, y el dumping cada vez más oficializado de las potencias industriales.

Pero lo que las grandes potencias no pueden por precaución, nosotros no lo podemos por defecto. No se desarma quien está lejos de hallarse armado. Y tal es nuestra situación. Si hemos de calcular nuestra fuerza necesaria, por lo que debe custodiarle al país, andamos lejos del minimum. Porque lo otro, vale decir el equilibrio con que un momento jugaron a las potencias los países del A. B. C., ninguno de los cuales era ni es lo que decía o les decían, no pasó, y no pudo pasar, de un conato sin consecuencias. Estos países tienen que armarse durante mucho tiempo aún, y lo mejor que podrían hacer sería declarárselo con franqueza. Ello, en suma, resultaría mejor que las mentiras oratorias que a nadie engañan. Tienen que armarse, no contra nadie, sino para cuidar cada cual lo suyo por lo que vale, conforme es justo y leal; y tienen que hacerlo progresivamente, es decir en proporción a su adelanto.

Contrayéndonos a nuestra necesidad, precisamos un ejército permanente de cincuenta mil hombres y una escuadra de verdad, no de suplencia ni de fantasía como ha llegado a ser la nuestra por falta de radiación oportuna: situación que nos produce todas las desventajas de la apariencia, puesto que nosotros mismos seguimos contando como valor real lo que ya no vale, es decir autorizando aspavientos a cada nueva adquisición. En cuanto a las suplencias, corresponde a la diputación socialista, insospechable de militarismo burgués, la denuncia de que el arreglo de los acorazados Moreno y Rivadavia está lejos de haber restaurado su eficacia combatiente. De ser así, ello confirmaría el mencionado principio de radiación en cuya virtud los navíos de guerra

quedan irremediablemente inútiles al cabo de cierto tiempo; y justificaría la adquisición de la escuadra totalmente nueva—y aumentada—que impone la necesidad.

El ejército de cincuenta mil hombres permitiría adiestrar en el servicio de armas a toda la juventud argentina, especialmente la estudiosa, exenta con liberalismo erróneo, aun cuando es la más apta y la más necesitada a la vez, por sendos motivos de mejor preparación y de mayor permeabilidad a las ideologías perniciosas. Es lo que acaba de consumar la Rusia maximalista—pues no quiero documentarme sino en fuentes adversas—con un

rigor militar por nadie sobrepasado.

Apenas resuelta allá la militarización intensiva de los obreros fabriles, con dos cursos complementarios y obligatorios de aviación de combate y de guerra química, implántase la instrucción militar obligatoria de los alumnos de ambos sexos durante el curso universitario; más dos meses de servicio de campaña en las vacaciones. Las mujeres quedan exentas de éste, pero deben practicar los de enfermería y ambulancias. Terminado el curso, los varones harán nueve meses de servicio activo en el ejército, o un año en la marina, sin excepción. Con lo cual el gobierno maximalista erige en el principal deber de la juventud el servicio de armas.

Repito que, a mi entender, tiene razón, dado el creciente peligro de guerra general, que la cuestión del Mediterráneo, reabierta por España, viene a agravar todavía. Ella servirá, entretanto, para desvanecer otra quimera peligrosa, o sea la entidad política hispanoamericana en rivalidad o divorcio con los Estados Unidos, pues los hechos demuestran que no siendo España potencia autónoma, no puede constituir metrópoli imperial como la Gran Bretaña.

Tenemos, pues, que ir a Ginebra o donde sea, con una política de americanismo cerrado y de robustecimiento centrípeto en lo económico y militar: vale decir en abierta oposición a todo desarme.

La próxima guerra será de aniquilamiento, más que de destrucción; y con ello, de acción despiadada sobre los víveres. El hambriento no retrocede ante la misma antropofagía.

No quedan en el mundo sino dos países enteramente autónomos que exporten carne en grande escala: el nuestro y el Uruguay; pues los otros pertenecen al Imperio Británico. Y la carne es el alimento principal, sobre todo en tiempo de guerra.

Mientras tanto, la nueva tentativa de limitación, que no desarme, fracasa, lo cual significa en realidad un incremento de preparativos bélicos. Cúmplense, así, todas las advertencias formuladas desde seis años atrás para el bien de la nación, tanto tiempo descuidado. Nada remediaremos con colgar el día funesto a los sectarios y demagogos causantes de su desgracia. Esto no tiene ningún interés. Lo importante es ver las cosas como son, y sobre todo las cosas desagradables, que sólo espantan a los cobardes y a los necios.

No tenemos sino una garantía completa de seguridad, y es transformarnos en potencia a toda costa. Vivir antes de filosofar, conforme al perentorio adagio. Ser, en la realidad triunfante del bienestar y de la fuerza.

Constitution of the section of the constitution of the constituti

#### LA HORA DE LA ESPADA

En abril y junio del corriente año (1925) publicaba yo acá mismo dos artículos titulados «Fuerza y Derecho» y «El Factor Económico»—ahora capítulos VII y VIII de mi libro La Organización de la Paz—en los cuales, comentando la situación creada a la Liga de las Naciones por el frustrado pacto de arbitraje y desarme obligatorios, sostuve que dicha institución puesta así ante la realidad de los hechos y la inevitable necesidad de la fuerza, buscaría el bien de la paz, no en lo ideal, sino en lo posible, o sea en los pactos regionales y en la adecuación pertinente del cambio internacional.

Sobre lo primero escribí así: «El verdadero papel de la Liga empezará cuando, decidida a emprender la organización de la paz sobre esa evidencia, busque la generalización de dicho bien como un resultado de los equilibrios regionales cuya permanencia irá procurando, y no como un principio universal, de mera postulación filo-

sófica.»

Y sobre lo segundo, después de estudiar la instalación de una Cámara internacional de compensación de créditos y cambio, bajo el patrocinio de la Liga: «La organización de la paz económica sería, pues, obra de aquélla, constituyendo de suyo el sistema que preconiza Mussolini y que es, en efecto, el único eficaz. Incluída Alemania en él por arrastre y por conveniencia, el aislamiento de la Rusia comunista equivaldría a un bloqueo tan riguroso, que la forzaría a optar por el reingreso en el concierto occidental, desbaratando el plan guerrero de la barbarie.»

Pues—afirmé también—al hallarse el equilibrio europeo destruído por Rusia, y tener su principal amenaza de guerra en esta potencia, ahora asiática, sólo podrá contenerla echando a las puertas de la invasión proselitista y militar aquellos cerrojos de hierro y oro («El

Equilibrio Europeo», libro citado, cap. V).

El más importante de los equilibrios regionales, o sea el que establecería el pacto de seguridad entre Alemania, Francia, Gran Bretaña y Bélgica, con el consenso de Italia, hállase en vías de constitución, bajo los auspicios de la Liga, y todos lo aprecian ahora como el eje de la paz europea. Apenas concertado, engendraría otro con los países de la frontera occidental de Alemania, y el sistema tendería a generalizarse, hasta constituir la política de la paz.

Resistido por el colectivismo cuyo dogma internacionalista niega de suyo, quizá no llegue, por ahora, a concertarse; pero esa tentativa es ya una prueba de que la Liga y sus principales miembros adoptan la antedicha posibilidad de organizar la paz, como mejor que el célebre y fracasado protocolo de la anterior asamblea. Obsérvese que, en el caso, trátase de un equilibrio militar,

basado sobre las sanciones de fuerza.

Como el interés del socialismo, comunismo y demás seudónimos, no es la paz, sino el desarme conducente a la guerra civil y nacional contra los «gobiernos capitalistas», reducidos a la impotencia por dicha operación, el colectivismo le opondrá cuantos obstáculos pueda, inclusive la amenaza guerrera de Rusia contra Rumania y Polonia, o la provocación de Turquía—sucursal bolchevique—contra la Gran Bretaña. Pero, si tal ocurre, ello constituiría la mejor demostración de la eficacia que atribuyo al sistema. No hay duda de que Rusia jugará contra él todas sus cartas, inclusive las revueltas chinas en las que desempeña tan importante papel, y la presión, quizá decisiva, sobre Alemania. Mi creencia per-

sonal es que, mediante esta última, logrará impedir la celebración de un pacto aplicable; y que, de tal suerte, dicho documento resultaría una mera expresión de ge-

neralidades pacifistas.

Al propio tiempo, el delegado francés M. Loucheur, insospechable en su liberalismo, propone y hace adoptar por esta última Asamblea de la Liga la reunión de una Conferencia Económica Internacional, que tratará, precisamente, de instalar bajo el patrocinio de aquélla la cámara compensadora de mi referencia, por considerarla el otro medio eficaz de organizar la paz posible.

Cumple a la verdad, que no a la jactancia, recordar, pues, las conclusiones del redactor destacado por *La Nación* en la Asamblea de 1924, así como reivindicar para el mismo el derecho al comentario, en presencia de tan

rotunda confirmación.

La organización de la paz, dije todavía entonces, finalizando con eso mi artículo «El Idealismo Económico» (cap. VI de mi actual citado libro) «tendrá que ser obra de los economistas y los militares: es decir los técnicos de la fuerza».

Entretanto, los ilusos que se fastidian conmigo por cosas tan ajenas a mi persona como la política internacional y la orientación histórica que se define en el mundo—tal cual la damisela del epigrama con el espejo veraz—tienen a la vista hechos de la más instructiva significación.

Así, la actual República Francesa, gobernada por un acuerdo de radicales y socialistas, embanderados contra «el imperialismo de Poincaré», llega más lejos que este último en la política internacional de la fuerza, aliándose con el Directorio español, es decir con una dictadura reaccionaria, para aplastar a los moros que luchan por su independencia. La Rusia soviética fomenta, a su vez, la insurrección morisca, con la entusiasta ayuda del comunismo internacional, promueve otras en toda el Asia,

y proclama la guerra civil en el mundo entero, auxiliándola con fondos y con instrucciones precisas que constituyen, por decirlo así, el catecismo del atentado; mientras, allá donde le conviene, como en Georgia, suprime la independencia, mediante una guerra de conquista y de exterminio, haciendo con aquella república socialista lo mismo que considera un crimen de Francia y España contra los moros del Rif...

La hora de la espada ha sonado, pues, y no, ciertamente, porque yo sea el campanero. Mas esto no agota el

interés del asunto.

Para las naciones europeas que luchan en Marruecos, la guerra es una obra benéfica, al tener por único fin el establecimiento de la civilización. Para los socialistas, sus guerras de toda índole son también de carácter benéfico, puesto que se proponen el logro de la justicia social. Era la creencia explícita de Lenín: «Ninguna conquista provechosa a la humanidad se ha obtenido sino mediante la guerra.»

Y el corolario famoso: «El pacifismo es un prejuicio ·

burgués.»

Dichas guerras, explican los socialistas, son buenas, porque asegurarán la paz con la victoria del proletariado. Pero el bien conocido apotegma militar, busca también la paz, a condición de establecerla por la fuerza. Si vis pacem...

En concepto de unos y otros, la hora de la espada ha sonado, pues, para bien del mundo, y así es en realidad, puesto que ello define un propósito común, cuyo in-

ventor no soy yo tampoco.

La fórmula de la seguridad para toda nación es más que nunca en el momento actual: oro y armas. Los indefensos están destinados a sucumbir por conquista, sobre todo si son ricos, es decir más apetecibles a la vez.

Por otra parte, en mecánica como en moral, todo

equilibrio es un estado de fuerza: una resultante obtenida por compensación entre elementos desiguales.

Mas esta disposición, jerárquica de suyo, es también inestable, cuando se trata de elementos vivientes; y con

ello, en constante recomposición.

La estabilidad perpetua, llámesele paz, o lo que se quiera, es un criterio de perfección metafísica. No existe, desde luego, en ningún campo accesible a nuestra experiencia, y no tenemos ningún motivo valedero para conjeturarla posible.

Vale más, entonces, la dura realidad de vivir, con todos sus inconvenientes y dolores, resultantes del triunfo de la vida en la persona de los mejor constituídos para subsistir, o sea para dominar, a virtud de causas que

ignoramos.

La especie humana divídese en una mayoría de individuos nacidos para el deber, y un grupo de otros que poseen la capacidad nativa de darse su propia ley, según les agrada. Son éstos los superiores en el bien o en el mal: santos o bandidos, tiranos o libertadores, según la opinión de la mayoría por ellos dominada; los que saben conducirse y conducir por instinto, es decir por determinación de las tendencias acertadas de la especie: casos de éxito vital cuyo origen y finalidad ignoramos.

Ellos son, pues, los que saben mandar; y por esto las masas, libradas a su propio albedrío, según el concepto político que denominamos soberanía del pueblo, no aciertan sino a hacerse daño, designando para el gobierno a los peores o fracasando en la anarquía. Jerarquía, disciplina y mando, son las condiciones fundamentales del orden social, que no puede, así, subsistir sin privilegios individuales, empezando por la propiedad, célula de la patria; lo cual supone cierta dosis de iniquidad en el sistema, o sea su imperfección inevitable, y con ello la necesidad de conservarlo a la fuerza. Siempre habrá individuos predestinados a trabajar para otros y a padecer por ellos. Es que la vida no triunfa por medio de la razón ni la verdad, sino por medio de la fuerza. La vida es incomprensible e inexorable. Nada tiene que ver con el raciocinio humano, que es la tentativa de un ser -el hombre-para acomodarse en ella, como el Océano es indiferente a la posición del pez que mece en su seno.

La guerra es, pues, natural al hombre porque se trata de un animal de combate. Y de aquí que la civilización la agrava en vez de abolirla. La posesión de la fuerza engendra el derecho de conquista, tan inicuo en el deguello de la res que comemos como en el sacrificio de la colectividad que despojamos. Cuando el socialismo formula su programa de expropiación sin indemnización: el maximalismo—lo que proclama es el robo. De análoga manera, la guerra es un crimen. Pero, en uno y otro caso, el éxito y la victoria transforman en derecho el hecho inicuo. Derecho es fuerza consentida.

Ante esta situación del mundo, un país militarmente débil y económicamente opulento como el nuestro, es una presa. La propaganda comunista procura asegurársela; y cualquier potencia necesitada la codiciaría con inquietante preferencia. Después de lo que le ocurrió a Bélgica en 1914, y de lo que Suiza cree que le puede pasar si un nuevo conflicto estalla, fuera necio y criminal forjarse ilusiones. La sanguinaria conquista de Georgia por la Rusia maximalista y la propaganda que ésta desarrolla acá como en todas partes: soborno militar, calumnia y crimen, instruyennos con igual claridad.

Favorecido por una verdadera campaña interamericana de difamación personal, que sólo prueba la eficacia de mi argumentación, jamás personalizada, cumplo el deber patriótico de advertir el peligro a los capaces, distraídos, quizá, en una seguridad engañosa. Las llaves de la paz son de oro y hierro y no están en los parlamentos ni en las urnas de sufragar. Mientras aquéllos dimiten por ausencia, ratificando su onerosa inutilidad, y esotras sacan basilisco el soberano huevo, en la persona del consabido demagogo, impónese cada vez más que procedan los capaces.

Hay un profundo sentido moral en las reacciones de fuerza, que son a la Historia lo que las tormentas salubres a la atmósfera impura; es que, por muy manchada que se halle, la espada conserva, al menos, la limpieza de su valor. Esta noción, renacida con la guerra, ha restablecido la dignidad de la fuerza, virtud cardinal que no comprenden cuando injurian, por otra parte a mansalva, los irresponsables de la distancia o de la conducta. Reacción, sin duda, pero de austeridad valerosa y de salud viril sobre la ideología del siglo décimonono, encarnada en la Diosa Libertad, esa Venus de la plebe.

the control of the factor of the control of the con

## EL CONCEPTO DE POTENCIA

Antes de constituir una entidad jurídica, toda nación es un hecho. Este consiste en la realidad geográfica del territorio poseído por los nativos que lo habitan; y la posesión efectiva, que consiste en la capacidad de dichos habitantes para subsistir dentro del territorio v defenderlo, transforma la realidad territorial y gentilicia en la entidad jurídica, cuya administración y representación por un gobierno, establece la categoría política que denominamos nación. Dicha categoría es, pues, una expresión de fuerza. Y como para alcanzarla, cada colectividad ha decidido imponer a alguna otra, o a varias, su voluntad de serlo, toda nación resulta a la vez una expresión de victoria. De aquí que su símbolo característico, la bandera, sea principalmente militar. Así, hasta en las naciones antimilitaristas por doctrina, como la Rusia soviética. La necesidad de la defensa militar, o fuerza armada, impuso allá también sus habituales consecuencias. No existe hasta hoy nación que no sea v se haya formado como acabamos de ver; de suerte que el derecho en cuya virtud las reconocemos por tales resulta la fórmula de aquellos hechos.

Formada y constituída así, cada nación aspira a bastarse, es decir a producir en su propio territorio todos o la mayor parte de los elementos necesarios a la subsistencia: alimento, vestido, habitación, maquinaria y armas. O por lo menos alguno de ellos en cantidad sobreabundante, que le permita negociarlo con otros pueblos, para adquirir de retorno lo que le falta.

Cuanto más próspero es dicho negocio de exportación, mayor rivalidad suscita entre los otros productores y mayor codicia entre los menos favorecidos por la Naturaleza o por el ingenio que asegura su prosperidad. La necesidad de proteger el territorio duplícase, entonces, con la que crea de suyo la antedicha situación, imponiendo la custodia extraterritorial del mencionado ne-

gocio.

Si la nación puede hacerlo en grado suficiente, está segura por sí misma, y agrega a su potestad meramente defensiva, la de imponer su voluntad expansiva o dominio, sobre los menos o peor dotados en la materia. De lo contrario, hállase en peligro permanente, o en estado de subordinación más o menos explícito, o se ve obligada a buscar alianzas compensadoras. En el primer caso, o sea cuando la nación, además de bastarse para subsistir en su territorio, puede imponer su voluntad fuera de él, alcanza la categoría de «potencia». Y si la emplea para conquistar territorios ajenos o para colonizarlos bajo su protección, conservándoles una autonomía política, relativa o nominal; o para someter países a su influencia predominante, de cualquier clase que sea, dicha actitud recibe el nombre de «imperialismo».

La falta de elementos indispensables a la subsistencia en las naciones poderosas, es el fenómeno que determina con más frecuencia aquella actitud, ora bajo la forma directa del ataque, ora bajo la de presión económica o política; de suerte que todo país rico en esos elementos y débil para su defensa y su custodia extraterritorial, se halla en permanente riesgo de captación imperialista. En el campo internacional cada nación tiene que hacer su policía; habiendo resultado ineficaces hasta ahora todas las tentativas de efectuarlo por convenio. A mayor prosperidad tiene que corresponder mayor resguardo. Y éste sólo es completo cuando la nación alcanza categoría de potencia. Tales son los hechos que nos

revela, sin discrepancia hasta hoy, la experiencia histórica.

A este fenómeno: el fenómeno nación, corresponde un estado moral en cuya virtud no hay ni puede haber dentro de aquélla ninguna posición personal superior a la suya, puesto que ello vendría a resultar la negación de su soberanía. La nación ejerce imperio jerárquico sobre todos los individuos que la habitan, sin otras limitaciones que las que ella misma haya querido establecer y que nunca comprometen su voluntad en absoluto; pues la soberanía incluye también la potestad de suprimir o de variar incondicionalmente esas limitaciones. La moral de la nación es también una expresión de potencia. De este modo, si su conveniencia viene a hallarse en discrepancia con un interés o privilegio personales, aun cuando constituyan derechos por ella misma reconocidos, su facultad para suborginarios a dicha conveniencia es omnímoda. Porque dentro de sus límites, el derecho practicable es una concesión de su soberanía. Todos los principios abstractos y que, por serlo, resultan absolutos, tienen que subordinarse a dicha limitación, para adquirir eficacia práctica dentro del Estado. De lo contrario, constituyen natural e inevitablemente la anarquía, o sea la subordinación inversa de la nación al individuo. Si éste, en efecto, se negara a acatar un mandato de la nación, alegando, por ejemplo, un conflicto de conciencia en nombre de la justicia o de la libertad, podría más que la nación, la cual no sería ya soberana. Ello, porque la soberanía nacional no es una abstracción ni una ideología, sino un hecho dentro y fuera de la nación. Un hecho que condiciona todos los derechos practicables: es decir efectivos a su vez.

Quien invocara sus principios, convicciones o sentimientos, para dispensarse de cumplir el deber patriótico, subordinaría prácticamente la patria a su voluntad, cometiendo en nombre de la libertad un acto despótico.

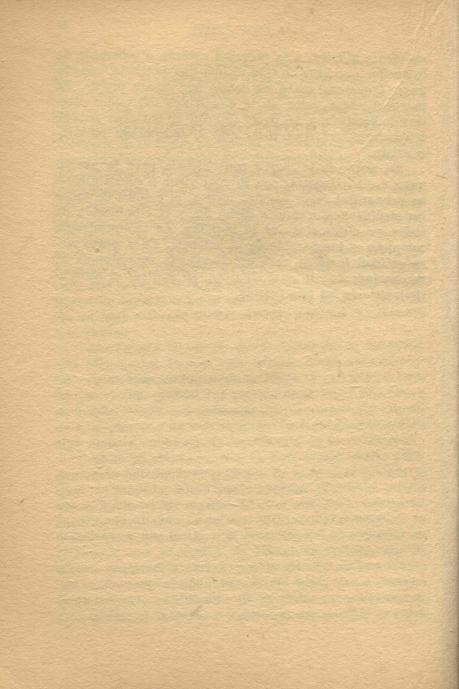
Es que no puede haber libertad, razón ni conciencia contra la patria, sin destrucción de la patria misma. El buen ciudadano que las subordina a ese imperativo primordial de existir, realiza un sacrificio por la patria que todavía puede exigirle más, al imponerle el de la vida; pues la muerte lleva ínsita para él la abolición de su libertad, su razón v su conciencia. Por esto, cuando la patria impone al rebelde la pena capital, hace con ello la suprema afirmación de su potestad real sobre cualesquiera principios, convicciones o sentimientos invocados para rebelarse. La expatriación impuesta o voluntaria son, todavía, sendas afirmaciones de igual carácter. La disconformidad declarada del individuo con la nación, es rebelión lisa y llana: vale decir estado de guerra, agravado por la traición, si se trata de un extranjero. La potestad de la nación no es un raciocinio ni una creencia. Es un hecho. Puede raciocinársela, pero no sometérsela a la razón.

Todo cuanto la nación puede hacer en su beneficio, está bien hecho. Porque este criterio de prosperidad vital confúndese para ella con la verdad y la justicia. Desde que si ella «pudo», fué porque nada hubo superior a su poder. Puede, asimismo, no querer; pero esto tampoco depende sino de ella misma. No bien dependiera de algo ajeno a su potestad, dejaría ella de ser soberana.

Pero la patria, la nación, se dirá, vienen a ser, prácticamente hablando, el gobierno de cada país cuando se trata de proceder como queda expreso. Sin duda, puesto que el gobierno las representa al efecto. De lo contrario, aquéllas resultarían, a su vez, entidades abstractas, y ya hemos visto que no lo son. Ahora bien: el gobierno es, asimismo, una expresión de fuerza triunfante, que la misma democracia acepta, por lo demás, en una forma tan cruda como el dominio militar, desde que el derecho de la mayoría es sinónimo de su poder para imponerse. Esta potestad interna, o soberanía del pueblo, es esen-

cialmente idéntiça a la potestad externa o soberanía de la nación, que hace de esta última una potencia, cuando puede imponerse entre las demás por cuenta propia. La potencia reside, pues, en la efectividad del poder exterior de dominar, y del poder interior de bastarse. Ambas son correlativas: vale decir que se determinan recíprocamente.

Es, pues, de la mayor conveniencia para la nación asumir esa categoría; con lo cual viene a constituírsele en primordial deber consigo misma, el empleo de todos los medios conducentes a dicho fin, y la eliminación de todos los obstáculos que lo impidan. La independencia completa es inseparable de la potencia. Pues, como mera entidad jurídica, está prácticamente subordinada al reconocimiento—lo cual significa, en verdad, el consentimiento—de los más fuertes.



#### EL PRINCIPIO DE POTENCIA

Para alcanzar la primera condición de potencia, que es la de bastarse la nación a sí misma, debe poseer al menos una de las tres ventajas siguientes: producción integral cuyo sobrante negocia enriqueciéndose; medios de transporte que le aseguren preponderancia en el tráfico internacional, o abundancia de artículos de primera necesidad cuya venta costee su provisión de retorno. La primera de esas situaciones, o sea la más completa, es la de los Estados Unidos; la segunda corresponde en grado eminente a la Gran Bretaña; la tercera, con análoga importancia, a la República Argentina: por supuesto que sin carácter exclusivo, al no tratarse más que de una clasificación sintética.

La primera es la más sólida, puesto que, en el peor de los casos, puede ofrecer una defensiva más prolongada; y porque si cuenta con la fuerza armada correspondiente a su magnitud, constituye, según sucede, el estado de potencia más perfecto. La segunda depende ante todo del poderío naval, siendo, con ello, insegura, conforme lo reveló la campaña de los submarinos alemanes. La tercera no tiene más garantías que el derecho internacional y el consumo extranjero: es decir que depende de un consentimiento con frecuencia violado por los poderosos, y de una conveniencia ajena cuya variación equivaldría a la ruina.

Como hasta la primera, con ser la mejor, es imperfecta, el dominio del mundo por una sola potencia resulta hasta hoy imposible, y con ello eficaz la existencia de otras, según lo vemos. Así, no obstante el desarrollo industrial y comercial de los Estados Unidos, a lo cual debe añadirse la riqueza colosal y la preponderancia económica en el mundo, su marina mercante no puede mantenerse sin subvención fiscal, y va pasando a manos de las compañías británicas. Considerada, como el correo, un servicio público de colaboración comercial, no desaparecerá nunca; pero dicho carácter irá transformándola progresivamente en una dependencia de Estado, bajo una vinculación cada vez más estrecha con la marina de guerra. Pues ello depende de una ley, formulada primero, aunque incompletamente, por el geógrafo alemán Carlos Ritter, y conforme a la cual el desarrollo marítimo de los pueblos estriba en la relación entre su área territorial y la longitud de sus costas.

Excluyendo, pues no hace a mi caso, la aplicación continental de dicha ley, para atenerme tan sólo a lo estrictamente necesario, mencionaré que en Europa la nación más favorecida al respecto por la Naturaleza es Noruega, con diez millas cuadradas de territorio por cada milla de costa; mientras la proporción, para Alemania, es de ciento cincuenta y nueve por una. Fué, añadiré, sacando consecuencias, lo que facilitó su bloqueo y consiguiente extenuación durante la pasada guerra. Si consideramos, ahora, que la relación es de quinientas treinta a una para los Estados Unidos, comprenderemos por qué no pueden competir con la Gran Bretaña, que viene después de Noruega, dentro de un desarrollo industrial equivalente, o poco menos, en la materia. Pues aquí se ofrece de suvo el más importante de los elementos que faltan a la primitiva ley de Ritter: la población ribereña, concentrada en puertos de primer orden, que es donde mejor se practica y progresa la industria naval. No basta, pues, poseer mucha costa, sino que ella debe estar poblada y civilizada, para que la ventaja geográfica se transforme en comercial.

Ahora bien: conforme a la ley citada, el área de la República Argentina es poco menos de mil a uno con relación a su costa, calculándolo en unidades kilométricas para mayor claridad; y nadie ignora lo que concierne a nuestra población ribereña. Ya sacaré de estos hechos consecuencias de grande importancia para nuestro comercio y armamento navales. Lo que interesa por ahora es determinar que todo ello nos impone la adopción del sistema de producción integral centrípeta, por decirlo así, y vigorosamente protectora, practicado con éxito tan grande por los Estados Unidos; sobre todo si se considera que nuestra desventaja territorial, demográfica, industrial y natural, es mucho mayor.

Supongamos que basándonos en que el sobrante exportable de nuestra producción agropecuaria basta para enriquecernos y para proveernos de retorno cuanto necesitamos, renunciáramos al progreso industrial para limitarnos a ser los granjeros del mundo. Fuera de que este programa empieza a resultar insostenible ante la firme depreciación de nuestros productos agrícolas, conviene recordar que no hay granja sin perros. A despecho de las apariencias y de la lógica superficial con que se satisface la literatura pacifista, los países exportadores en grande escala de productos agropecuarios, que constituyen para el mundo entero los artículos de primera necesidad, son los que precisan organizar mejor su defensa. Porque siendo inexorable dicha necesidad, al comportar su satisfacción la existencia misma, la opulencia inerme transforma al país productor literalmente en una presa.

Pero defensa significa armamento: vale decir alta industria de pertrechos y de transporte, cuyos productos y maquinaria es muy difícil introducir del extranjero en caso de guerra. Por otra parte, la antedicha depreciación de nuestras cosechas en el mercado exterior, oblíganos a mejorar su calidad y abaratar el costo de pro-

ducción, pues depende principalmente de la extensión de los cultivos y el alza de la moneda de los países que nos compran; mejora y abaratamiento que en sus cuatro sextas partes dependen de la maquinaria, el envase, el acopio y el transporte: factores industriales suministrados exclusivamente por el comercio exterior. La expansión ferroviaria que ha de abrirnos mercados compensadores en los países limítrofes, no podemos efectuarla sino con material extranjero. A pesar de nuestra riqueza y prosperidad agropecuarias, no nos bastamos; es decir, no somos potencia. Nuestra independencia económica es condicional, y nuestra defensa insuficiente hasta lo angustioso.

La transformación industrial de las riquezas naturales, conducente a la producción integral con que alcanzará el país mayor prosperidad, seguridad y poderío. requiere una inmigración trabajadora v de arraigo, en grande escala; una considerable inversión del capital que nos falta y que, en consecuencia, debe llegarnos de afuera; y un índice de vida que permita el ahorro, asegurando el arraigo del inmigrante, a la vez que el bienestar del nativo. Toda legislación que lo impida o estorbe comportará, pues, un atentado de lesa patria. A la vigorosa protección de la industria nacional tiene que aunarse un inteligente oportunismo. Ante el experimento formidable de la guerra y sus consecuencias, pasaron los ideológicos tiempos de los gobernantes de escuela y estadistas de principios: o sea aquellos que sometían a sus sistemas teóricos la administración del país. El modesto v eficaz empirismo actual es una constante adaptación a las circunstancias provechosas: la política realista, en suma. Dentro de ella el Estado puede ser protector, pero no proteccionista; franco, pero no librecambista; autoritario o liberal, pero no doctrinario en uno ni otro sentido. Ya no interesan los principios sino el fin, que es la grandeza de la patria sobre todo y contra todos. Ella no

es un campo de experiencia ideológica, y mucho menos para extranjeros disconformes. Es un positivo bien cuya pertenencia excluye el condominio con extraños.

Por esto seremos cada vez más un país nacionalista y conservador, a semejanza de los Estados Unidos; y en consecuencia, próspero y optimista, desenfadado y audaz. Los partidos de importación, como el socialismo y sus sinónimos marxistas, nunca resultarán otra cosa que sectas rebeldes o modas ideológicas, harto inferiores en propósitos y resultados a nuestra sólida prosperidad. Podemos alcanzar y alcanzaremos seguramente el resultado, único en la historia, de que se alaban los Estados Unidos: la abolición de la pobreza. Programa infinitamente más grande y bello que las piltrafas electorales del obrerismo comunista o demagógico. Pero sólo he de atenerme a los hechos con rigurosa objetividad.

Efectivamente, mientras los trabajadores del mundo entero desean emigrar a los Estados Unidos, porque es allá donde el esfuerzo humano rinde más y asegura mejor el disfrute de la vida, veamos lo que ocurre en los dos países que el colectivismo nos ofrece como dechados

sobre uno y otro hemisferio.

Diez años de victoria consumada y de experiencia discrecional, lleva en ambos la revolución socialista. Pues bien: en el más vasto e interesante, la Rusia de los soviets, el mismo proletariado que ejerce la dictadura contaba, seis meses ha, un millón ciento ochenta y dos mil quinientos trabajadores en desocupación forzosa, que pasaban de dos millones si se les agregaba los no inscriptos en los gremios oficiales. Ahora bien: en la misma Moscú, centro del Paraíso rojo, dichos obreros inscriptos, es decir privilegiados, reciben como socorro la cuarta o quinta parte de su salario, o sean de ocho a seis rublos mensuales: menos de la mitad de lo que asigna a los suyos por semana «la imperialista Inglaterra».

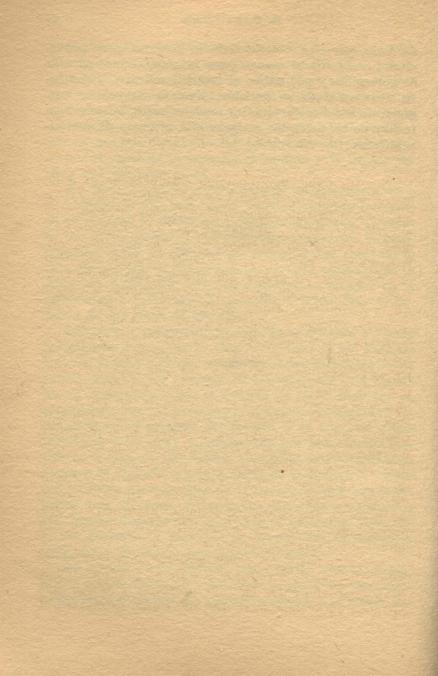
Mientras tanto, fijando en cien el índice de carestía

de la vida para 1913, había ascendido a doscientos treinta y nueve en 1926. La capacidad de adquisición del salario hallábase disminuída en un tercio; y así se explica que, no obstante el aumento de población, el consumo de productos elaborados fuera también inferior al del citado 1913. Los mismos salarios son más reducidos que entonces, aunque dicho año fué particularmente calamitoso por el rigor de la miseria, el hambre y la tiranía zarista que reinaron en él.

En Méjico, que es el otro país de mi referencia, bajo el dominio de una revolución particularmente interesada en mejorar la suerte del jornalero campesino, mediante los procedimientos del comunismo agrario, la comparación entre los salarios así elevados y el costo de la vida encarecida en consecuencia, permite afirmar que la situación económica del peón mejicano es inferior en la actualidad a la de sus antepasados de 1795, bajo el dominio de los reyes de España...

Progreso y prosperidad capitalistas inducen a elevar los salarios y mejorar la vida del obrero en los Estados Unidos, mucho más que en las naciones socializantes de ambos mundos, y a ensayar las innovaciones más liberales en la materia, como la semana de cinco días, que va generalizándose; al paso que la instrucción elemental, reconocida como primera del mundo, y la superior (universitaria y técnica) suministrada por ochocientos institutos a más de setecientos cincuenta mil estudiantes, asegura la victoriosa competencia de la industria nacional en todos los mercados de la tierra, aunque pague salarios más elevados, reduzca sus jornadas y asegure a sus obreros mejoras que los demás no disfrutan. Esto vale ser potencia, y por esto es de primera importancia asegurar a la nación semejante categoría.

La opción no es dudosa, pues. Entre una ideología, por lo menos discutible como toda proposición puramente verbal, o fracasada en sus aplicaciones, v el hecho, defectuoso, por cierto, como todo lo humano, pero provechoso, o cómodo al menos para la generalidad, además de corregible y mejorable, el espíritu reflexivo y patriota tiene señalada su decisión. Nuestra Argentina burguesa debe ser mejor que los modelos rojos, cuando hasta hoy no ha preferido emigrar allá ninguno de sus panegiristas.



# EL ESTADO DE POTENCIA

Nuestra reducida proporción costanera de un kilómetro por mil, además de la escasa población litoral en territorio marítimo, tienen que obligarnos al desarrollo integral y centrípeto tal cual les pasa a los Estados Unidos, con sernos tan superiores en ambas aquellas cosas. Por esto no se ha logrado el patriótico empeño de crear una flota mercante propia, que ni aquel país puede mantener sin subvención oficial. La misma Italia, tan necesitada de tonelaje propio, en virtud de su nueva política metropolitana y colonial, ha debido contribuir con centenares de millones del fisco al trabajo de los astilleros particulares, aun cuando su relación geográfica es de las más favorables: veintiocho millas de área territorial por cada milla de costa. Así ha llegado a poseer la flota mercante de ciento treinta y cinco buques con que se propone realizar su política expansiva, y sobre todo colonial, completando, para asegurarla en definitiva, el programa de las naves de carga, exclusivamente. Con todo, esta flota política no da abasto, y la misma nación ha concertado un arreglo con los Estados Unidos para cubrir ese déficit provisional de su tonelaje. Dicho convenio comporta ya una indicación de importancia para el programa naval en que ha de consistir, ante todo, nuestra adopción del estado de potencia.

Por otra parte, los países navieros aumentan el tonelaje disponible, a consecuencia de su progreso industrial, figurando entre los más próximos a asumir una completa autonomía en la materia, Italia, precisamente. Así, es de fácil previsión que durante un período muy prolongado, a lo menos, nuestra exportación tendrá que combinarse con el transporte de las naciones marítimas mejor dotadas, constituyendo en tal forma el fundamento positivo de su política internacional.

Dadas las relaciones económicas y técnicas que respectivamente nos ligan a Gran Bretaña y a Italia, así como la baratura de sus fletes, la mayor conveniencia actual para esa combinación nos lleva a efectuarla con dichas naciones, que no ofrecen, además, ningún peligro de tentación imperialista. El consumo italiano que por ahora no pasa de tentativa, representa para nuestra exportación de carne un renglón de importancia análoga al del británico, si se lo organiza bien, y de perspectivas semejantes al de los Estados Unidos, dadas la población y la escasa posibilidad ganadera de la Península; sin contar con que el tráfico mercante de la misma en el Asia mediterránea, sería el intermediario con ese otro mercado que contiene a su vez varios millones de consumidores seguros; pues en todo aquel litoral cuyo fondo se dilata hasta la Persia, no existe ganadería vacuna, y casi no se consume ninguna otra carne fuerte, por hallarse doctrinariamente prohibida la de cerdo. Además, la influencia comercial dominante allá es la italiana, idioma inclusive; viniendo inmediatamente después la británica que entraría en la combinación.

Ella estimularía, por otra parte, la inmigración de capitales que tanto nos interesa atraer, y que suscitaría por competencia la de los que vienen de los Estados Unidos, país que no tardará en ser, a su vez, fuerte consumidor de carne argentina. El peligro que en eso pudiera haber, lo impediría la combinación, dándonos tiempo para consolidar, entretanto, la categoría de potencia, y con ello la mejor garantía de respeto internacional. Esa inmigración del capital extranjero es indispensable, por lo demás, para la explotación de nuestras riquezas natu-

rales, tal cual sucedió en los Estados Unidos, sin ningún riesgo de su independencia. Así acaba de recordarlo en su discurso del 25 de abril ppdo. (1927) el presidente Coolidge, cuya palabra adquiere para nosotros la importancia de una lección histórica:

«En épocas pasadas, los intereses extranjeros invertidos en nuestro país llegaban a varios millares de millones de dólares; pero eso aconteció en el tiempo en que no disponíamos del capital suficiente para propender al desenvolvimiento de nuestras propias industrias. Esas inversiones fueron muy valiosas para nosotros, pues con ellas se construyeron nuestros ferrocarriles, se abrieron nuestras minas y se desarrolló nuestra producción industrial.»

Se dirá que los tiempos son diferentes; mas, por eso mismo, nuestra política asumiría otro carácter al adoptar el sistema cooperativo que va dominando en las transacciones del mundo entero, y al tomar con ello la responsabilidad de su parte. Lo contrario equivaldría pronto a una situación protegida, lo que es decir subalterna; pues baste considerar que el setenta y seis por ciento de la carne, el setenta por ciento de los huevos y el treinta y cuatro por ciento de la manteca que consume la Gran Bretaña, son de procedencia argentina, mientras aquélla es la primer potencia naval del mundo, para inferir lo que eso significaría en caso de conflicto, cuando para casi todos los menesteres de la vida civilizada dependemos de la importación por mar.

La tensión económica en que nos pone con los Estados Unidos el desequilibrio adverso entre lo que les compramos y les vendemos, se aliviaría por compensación triangular, mediante la combinación susodicha, que el progresivo acuerdo internacional de Italia y Gran Bretaña favorecería también. Pero lo mismo si lo hacemos que si preferimos el aislamiento peligroso, será imposible permanecer inermes sin gravísima exposición. Las

empresas de conquista, en sus diversas formas de guerra directa, colonización, protección o mandato, vuélvense más vastas y perentorias cada vez, estimuladas de consuno por las mayores exigencias de la vida y la creciente posibilidad de acción para las naciones poderosas. Este es el hecho general, vale decir formidable, puesto que resulta un movimiento humano, excéntrico a la doctrina pacifista cuyo fracaso es progresivo en consecuencia. La ideología liberal del siglo XIX, que veía en los conceptos políticos entidades efectivas, asignándoles, con ello, el carácter de dogmas laicos, no ha resistido a la prueba de los hechos. La Francia radical-socialista en Siria. igual que la Rusia maximalista en Georgia, nos han enseñado lo que vale ante la realidad el derecho de los débiles. A despecho de las paradojas idealistas, el arado es hermano del cañón, y la paz opulenta e inerme resulta para todo país la más riesgosa de las quimeras. Incapacidad de pelear y decadencia conducente a la servidumbre, son sinónimas. La unanimidad con que el mundo lo entiende y practica en este momento, comporta una irrefragable sanción histórica.

Así, para no recordar sino dos ejemplos, la Francia radical-socialista acaba de sancionar la más rigurosa ley de servicio obligatorio que se conozca: como que comprende a todos los ciudadanos, sin distinción de edad ni sexo. La Rusia marxista, no solamente hace lo mismo, y emite en pleno desastre económico un empréstito de cien millones para fabricar material de guerra, sino que fomenta en China la propagación de este azote, con el propósito de extenderlo a toda el Asia, mientras estimula en su propio pueblo la más alta decisión bélica: así, desde la proclama militar hasta el discurso de la viuda de Lenín el 8 de marzo ppdo., día conmemorativo de la emancipación de la mujer.

«Nuestras mujeres—dijo la señora Lenín—no deben maldecir simplemente la guerra y pedir el desarme, sino que deben repetir a sus hijos las siguientes palabras de mi esposo: «Pronto serás un hombre y entonces recibirás un fusil. Estudia bien la ciencia militar, que es de vital importancia para el proletariado, pero no tires contra tus hermanos obreros ni contra los de otros países.»

Es el militarismo proletario, que para agravar las

cosas se suma al militarismo burgués...

Si a esto se añade el fracaso de las tentativas de desarme, que no cuentan ya ni como tema académico, será inútil seguir ilusionándose con ningún sistema de seguridad que no consista en la defensa propia. Sea, pues, con el objeto de convoyar nuestro tráfico en consorcio, sea con el del mero resguardo de los embarques y de las costas, necesitamos una escuadra suficiente.

Afirmarlo, es enunciar su intención ajena a todo propósito de vecindad, ya que, por otra parte, la concordia americana nos resulta a la vez la política más conveniente. Nada tenemos que envidiar a los vecinos en materia de posibilidades económicas, ni arriesgaríamos contra ellos nada que no saliera superior a su objeto. Muy bien dispuestos para el americanismo, comprendemos que él constituye una aspiración sentimental, no una política. La verdad es que la República Argentina carece de política internacional; pues el apostolado del arbitraje obligatorio, de la doctrina Drago, de «la América para la Humanidad», de «la victoria no da derechos» y de la democracia de naciones, constituye una ideología, no una política.

En cambio, toda política internacional, propiamente dicho, o tendrá que circunscribirse al Plata, sobre los contornos del antiguo virreinato, o que contar con Europa, o ser ambas cosas juntas. Así lo expresó en página que es necesario recordar siempre el gobierno de Mitre, cuando se negó a participar en la alianza antimperialista de 1862:—la segunda, porque el asunto no es nuevo—continuando la política de Rivadavia ante el co-

nato bolivariano de 1823. Después de afirmar que, ya entonces, «la República está identificada con Europa hasta lo más que es posible», añadía: «puede asegurarse que más vínculos, más interés, más armonía hay entre las repúblicas americanas con algunas naciones europeas, que entre ellas mismas».

Fué y sigue siendo lo exacto. Pero, entonces, hubo, además, una política del Plata. La paz con todo el mundo, por la negativa razón de que nadie ataca, es un estado satisfactorio, pero no una política. Entra a serlo, cuando resulta de una acción encaminada a tal fin.

La escuadra y el ejército suficientes son elementos indispensables para desarrollar una cualquiera; y si permiten a la nación imponer su voluntad, aquella será po-

lítica de potencia.

Tengo dicho ya, y sabido es, que la idea del ejército defensivo comporta una añagaza o una quimera. Todo ejército es ofensivo por definición. De aquí que, dadas nuestras exigencias mínimas en la materia, necesitemos uno permanente de cincuenta mil hombres. Ahora no llegamos a la mitad, que prácticamente es menos aún, si se considera la insuficiencia de pertrechos.

Peor, todavía, lo que ocurre con la escuadra. Tener mala flota de guerra es imponerse la derrota, porque es obligarse a combatir en condiciones de irremediable inferioridad. Así les pasó a España con los Estados Unidos y a Rusia con el Japón. Reflexiónese, además, que en esta materia no caben las improvisaciones ni las suplencias como en el ejército, porque todo estriba en la preexistencia del elemento mecánico: la escuadra de paz es la misma que la de guerra. Y no se olvide, por fin, que es la potencia económica lo que determina la potencia militar. Vivir cuesta. O para decirlo mejor aún, toda vida cuesta lo que vale. La existencia del individuo como la de la nación es un estado de fuerza cuyo sostén requiere fuerza. Esta es la realidad sencilla y viril.

Toda política que la contraríe es, pues, acto de traición. Así el que cometen los legisladores extranjeros que con programa y bandera de gobierno extraño se oponen a la defensa de la nación, y—peores que ellos—los argentinos que los imitan por sobrepuja demagógica. Pero la verdadera responsabilidad no incumbe a esos malos huéspedes, para quienes la ciudadanía que toman, siendo por su doctrina internacionales sin patria, es una coartada contra el país que los honra con ella, sino a quienes consentimos tan alevosa conspiración.

El estado de potencia es, como se ha visto, interior antes que externo. Vale decir que, para alcanzarlo, el país tiene que empezar por poseerse a sí mismo. Doble tarea de concentración y expulsión. El secretario del partido fascista, señor Bottai, acaba de formularlo con una frase lapidaria: «en nuestro régimen, dijo, el orden económico se identifica con el orden público». En el presente conflicto de la civilización jerárquica con la barbarie comunista, toda la cuestión está ahí. La potencia posee. Y si no, deja de ser potencia, para transformarse en posesión de los que no se abandonan a la ideología o al miedo.

La potencia es, unas veces, obra del pueblo; otras, de una minoría capaz; otras, de una institución decidida. Porque lo esencial no es que prospere una ideología o un sistema político, sino que se salva la nación. Esta es la suprema entidad que condiciona a todas las otras. La entidad que no llega a su plenitud, garantiendo con ello a todos los suyos, en grado máximo, prosperidad y seguridad, sino cuando alcanza el estado de potencia.

### EL DEBER DE POTENCIA

Adoptado el propósito de alcanzar la categoría de potencia, la nación empieza a contraer deberes, reducibles a uno superior: el bienestar máximo de su pueblo. garantido por la fuerza suficiente. Este concepto excluye, como se ve, el predominio de cualquier interés parcial concerniente a instituciones, colectividades o individuos, tal cual serían, por ejemplo, el militarismo, el proteccionismo industrial o bancario y las combinaciones dinásticas. Dado el carácter irrevocable del gobierno republicano en nuestro país, el ejemplo más útil para nosotros resulta ser el de los Estados Unidos, nación donde se ha alcanzado, mejor que en ninguna otra, por lo demás, la plenitud del deber de potencia. Sólo que, siendo latinos a nuestra vez, el método conducente tiene que conformarse a dicha índole. Esta última es, como lo tengo demostrado por la historia, ejecutiva y no deliberativa; dictatorial y no democrática: claro está que asignando a «democracia» su moderna significación de gobierno representativo designado por el sufragio universal

El primer deber de potencia consiste en el fomento máximo del bienestar general, mediante los recursos propios de la nación, que es menester aprovechar con un propósito inmediato, pero no excluyente ni olvidadizo de la grandeza futura, y mucho menos, opuesto a ella; de modo que, en tales casos, lejos de haber conflicto, el bienestar presente sacrifique lo necesario al éxito por venir, ya que la patria es un ser de existencia continua respec-

to de las personas, como cada una de éstas lo es respecto a sus moléculas orgánicas que para sostener su entidad vital va renovando por extinción y consumo. Así, todos los países capaces de producción integral, como los Estados Unidos y el nuestro, tienen que ser protectores de aquélla, prefiriéndola a las similares extranieras, aunque sean más baratas, mientras por medio del progreso industrial logran ponerlas al mismo precio. Así lo ha efectuado la Unión, y en forma tan decisiva, que a la hora de éstas, según información comentada de Troztsky, el caudillo bolchevique, «posee la mitad del poder mecánico y la mitad del oro existentes en el mundo entero». La potencia, como estado interno de la nación, defínese, en efecto, por esa doble expresión dinámica y financiera, que, desarrollada, significa lo siguiente: alimentación, combustible v metalurgia propios; v reserva metálica suficiente para cubrir el monto del papel monetario en circulación.

Correlativo de ese deber, y su condición indispensable, es el orden que garantiza la libertad de trabajo disfrutada por todos los habitantes en perfecta igualdad, a objeto de labrarse cada uno su bienestar como mejor lo entienda y pueda. Salvas, pues, las leves protectoras de la salud y de la debilidad orgánica, como las relativas al trabajo de los niños y de las mujeres grávidas y puérperas, toda legislación de clase comportará un privilegio violatorio de la equidad republicana. La legislación de carácter socialista que protege por medio de salarios fijos, indemnizaciones y jubilaciones propias a los trabajadores manuales, por el solo hecho de serlo, es violatoria de la igualdad, reconoce las clases que la niegan y violan, y crea un privilegio social a favor de los mismos en cuvo nombre se protesta contra el privilegio burgués... En los Estados Unidos no hay nada de esto, y es donde el obrero gana más, vive mejor y se precave con mayor eficacia contra la inutilidad y la veiez. La preferencia que merece dicho país a los trabajadores del mundo entero, es la mejor prueba. Todos desean emigrar allá tan luego como sobreviene una crisis del trabajo en sus países natales.

La idea de clase es, por otra parte, ajena a los países republicanos de América. Constituye una importación del socialismo, que según lo he dicho tantas veces, es un invento alemán. En los Estados Unidos, como en la República Argentina, no hay clases. Todos somos pueblo. No hay más que aptitudes personales para prosperar, mediante el único sistema conocido, que es la apropiación y conservación de la riqueza, llamada capital: verdadero exponente diferencial de esas aptitudes distintas. El colectivismo, lejos de abolir las clases, las consolida, acentuando el despotismo de la que prepondera, según se ve en la Rusia maximalista, donde los factores del problema han alterado su orden, pero no su producto. Por otra parte, si se exige que el Estado intervenga

Por otra parte, si se exige que el Estado intervenga en la economía privada para impedir sus abusos contra tercero, ello comporta aceptar que el orden económico es una forma de orden público. Así, pues, el gobierno debe intervenir en salvaguardia de este último, cuando lo perturbe el interés de quienquiera que sea, capitalista u obrero, porque, de lo contrario, se crearía un privilegio en favor de alguno, con detrimento de la equidad, que constituye el fundamento del orden. La legislación de índole socialista, adoptada entre nosotros por impresión sentimental o por conveniencias electorales, bajo el nombre de «obrerismo», es de ese carácter antirrepublicano y viola, por lo inicua, la conveniencia de la nación. Ideológicamente hablando, ello consiste en confundir «pueblo» con «plebe»: la «clase» de importación europea, como el «burgués» y el aristócrata, que tampoco existen acá; pues las situaciones sociales mal definidas así, no son inaccesibles ni permanentes. Por esto, principalmente, no prospera el socialismo aquí ni en la Unión.

El tercer deber de potencia es el patriotismo, que afirma la supremacía del ciudadano sobre el residente extranjero, como dueño de casa; o, en otros términos, como habitante privilegiado. Así, no sólo en lo concerniente a facultades políticas, según ocurre acá, sino a derechos civiles, conforme pasa en la Unión, donde con acertada dignidad patriótica se reserva al ciudadano exclusivamente la propiedad raíz, «porque ningún extranjero debe poseer la tierra de los Estados Unidos». He aquí algo mucho más digno de una reforma constitucional que la elección del Senado o la separación del Estado y la Iglesia, si valiera la pena enmendar un instrumento caduco por falta de fundamento: el logro de la unidad nacional, ya definitiva. Ese privilegio de la ciudadanía, impone al extranjero residente la conformidad incondicional con el estado social y político de la nación; de suerte que si le resulta intolerable para su dignidad o su interés, no tiene otro recurso que abandonarla con la misma libertad que ejerció para entrar en ella. Si no lo hace, la nación lo expulsa como inaceptable y pernicioso para su disciplina. La residencia del extranjero nunca obliga a la nación. Esta sólo la tolera y consiente. Por el mero hecho de ser argentino, soy mejor que cualquier extranjero en la República Argentina. Ella no es un condominio sino un dominio exclusivo de sus ciudadanos. Si la residencia del extranjero en ella es optativa, lo menos que puede reconocérsele como nación soberana es la facultad recíproca.

Todo esto formula de suyo un nuevo régimen constitucional, que en vez de hallarse fundado sobre los derechos del hombre, lo esté sobre el privilegio del ciudadano dentro de la nación, y sobre la categoría eminente de esta última entre las otras, mediante la posibilidad efectiva de imponer su voluntad llegado el caso.

He aquí por qué debe la nación armarse de acuerdo con esta categoría, que es un estado económico y políti-

co cuyo sostén requiere la posesión de una fuerza suficiente. Esta condición se determina por la seguridad respecto a los países vecinos que pueden amenazarla, y que son en nuestro caso el Brasil y Chile unidos, conforme, por lo demás, a su continua tendencia histórica; y por la necesidad de garantir su tráfico internacional mediante la defensa de costas y convoyes, puesto que, en nuestro caso, se trata principalmente de comercio ma-rítimo. Ahora bien: no estamos preparados para ninguna de ambas cosas, lo cual quiere decir que nos hallamos tranquilos, pero no seguros; prósperos, mas no capaces de garantirnos esa misma prosperidad. El cálculo de la fuerza suficiente corresponde, pues, a los técnicos de la fuerza, que son los militares, los marinos y los finanruerza, que son los militares, los marinos y los man-cieros, y no, por cierto, a una representación parlamen-taria mestiza de demagogo criollo y gentualla extranjera, que, afiliada a un partido sin patria, procura la natura-lización como una añagaza y desprecia sin ambages el mismo honor que así obtiene, enarbolando un pabellón extranjero—el ruso—en insolente alarde contra la bandera nacional. Pacifistas en país extranjero, pero militaristas en la república soviética, de la cual dependen; condolidos hasta la exageración ante la horca de dos criminales dudosos: los anarquistas Sacco y Vanzetti, pero enteramente insensibles a la matanza policial que fusila por docenas diarias en la Rusia de sus cómplices, poner en semejantes manos la defensa de la nación, equivale a una insensatez suicida. Este solo hecho, si no hubiera tantos más, bastaría para comprobar el fracaso del régimen demo-liberal entre nosotros.

El fracaso y la abolición que se impone. Pues otro de los deberes de potencia consiste en adoptar para la nación un gobierno eficaz y barato, o sea lo contrario de lo que tenemos. No existe, efectivamente, demagogía más onerosa en relación al servicio—llamémoslo así—que presta y a la población del país. El presupuesto munici-

pal de la Capital de la República equivale a los cuatro quintos del presupuesto del Perú, e invierte en sueldos el sesenta y cuatro por ciento para costear empleados, extranjeros en sus dos terceras partes. La supresión de ese organismo pernicioso, junto con la clausura del congreso, peor aún, economizaría más de cien millones de pesos al año: lo cual significa que en un solo quinquenio, esos dos renglones permitirían acumular el tesoro bastante para resolver por completo el problema escolar o

el sanitario de la República entera. Fuera de esto, el propio congreso con su abandono, su esterilidad y sus escándalos, excede la prueba de su inutilidad notoria. Es un cadáver en descomposición y por ello contamina todo lo que toca. Esto revela, además, que la putrefacción alcanza al núcleo del régimen. Y se explica. La constitución federal tuvo por objeto salvar la unidad de la nación. Fué una transacción eventual, un pacto con dicho objeto. Alcanzado éste, es ya inútil, y por lo mismo se convierte en perniciosa. Su ejercicio corrompe y malgasta la energía que la nación debe emplear en fortalecerse. Por esto, cuanto mejor la aplicamos, los gobiernos salen peores. Es un fracaso sin remedio virtual. Una obstinación que niega el mismo progreso, tan caro a los liberales. Por otra parte, los mismos políticos, alternativamente situados en el gobierno y en la oposición, nos han suministrado con sus actos y sus críticas, la prueba más concluyente de que la constitución nunca se ha aplicado, o sea que su vigencia de sesenta años comporta una perenne violación. No tenemos, entonces, por qué seguir respetando un mero ídolo de papel en provecho de semejante sacerdocio. Sería un caso de estúpido fetichismo.

La simplificación del gobierno, mediante, diríamos, su reducción a la unidad, es por doquiera, en el mundo greco-latino, un asunto de salud pública. La era demoliberal se ha cerrado en él. Ante la democracia ideológica

y siempre falaz de los derechos del hombre, se alza ahora la realidad de la nación. Ante el gobierno consentido, el mando. Ante el racionalismo, la disciplina. Ante la libertad de las fórmulas, el bienestar de los hechos. Porque libre y justo sólo puede serlo en realidad el sano y el fuerte. La libertad, la justicia, la cultura, la salud, son consecuencias del bienestar conseguido. Lo primero es vivir próspero y seguro. Pues sólo así alcanza expresión positiva el derecho, que es la organización de la libertad y la justicia.

Por esto, en las reorganizaciones nacionales a que asistimos, Ejército y Armada dejan de ser meros instrumentos de los políticos, para cooperar directamente en la formación del gobierno, concurriendo a tan importante función, no sólo con su fuerza, sino con su disciplina ejemplar, su patriotismo superior y su competencia científica, que les dan, como a la mejor, capacidad deliberativa entre las instituciones del Estado: con lo cual esas aptitudes alcanzan también aplicación más completa. La pasada gran guerra comprobó que el rendimiento de la industria y de los servicios civiles ganaba con la administración militar. Así, la evolución y la experiencia restablecen en el mundo latino aquel sistema tan suyo que fué el Imperio Romano: gobierno militar al cual corresponde el más grande éxito político que se conozca, pues no solamente realizó con máxima eficacia la grandeza nacional, sino la prosperidad, la libertad, la equidad y la cultura internas; hasta el extremo de que hoy mismo, las declaraciones, derechos y garantías de las constituciones liberales, son fragmentos de su legislación inmortal. Democracia de la espada, que hizo por tres siglos y más la felicidad de ciento veinte millones de hombres, porque supo adoptar y cumplir como ninguna el deber de potencia.

#### EL PODER DE LA NACIÓN

La prosperidad del país estriba en su comercio exterior al consistir nuestra mayor riqueza efectiva en el sobrante de la producción que exportamos. Formado principalmente este último por artículos de primera necesidad, o sean la carne, el trigo y el maíz, a los que debemos agregar los cueros y el lino, materias primas de industrias tan indispensables como la misma alimentación, su monto nos asigna el primer puesto entre los mercados del mundo, salvo para el trigo, que corresponde al Canadá, pero que antes de quince años ocuparemos también.

Ambas condiciones, que lejos de modificarse contra nosotros irán siéndonos más favorables cada vez, según va a verse más abajo, ponen entre nuestros clientes forzosos a las primeras potencias del mundo, sin una sola excepción, imprimiéndonos un carácter de verdaderos privilegiados entre ellas. Así se explica que con sólo diez o doce millones de habitantes valgamos por un país de treinta o más.

Esta posición no tardará en imponer a la República la política agraria de doble juego interno y exterior, que no existe todavía, pero cuyos fundamentos tendrán que ser: la tipificación y el fomento rural de la producción organizada; el transporte, el acopio, la colocación mercantil y el crédito debidamente coordinados para abaratar su costo y libertarla de la especulación deprimente que la malogra por mitad; en tanto que esta emancipación y aquel aprecio, determinarán de suyo consorcios y equilibrios de carácter internacional que exigirán la diplomacia concerniente.

Al propio tiempo, y no sólo por natural consecuencia de la creciente prosperidad, como ya va viéndose, sino para mejor apoyo y resguardo de aquella política cuyo objeto es que el país logre la máxima compensación de su trabajo, habrá de requerirse un vigoroso fomento de la industria que transforma nuestras riquezas naturales, completando la próspera emancipación. Entonces podrá bastarse el país y gobernar su producción como dueño, según es natural y justo, en vez de hallarse, como ahora, gobernado por sus clientes forzosos. No bien entre a explotar el hierro y los combustibles que posee en abundancia, con la amplitud requerida para no depender de su importación, aquello se habrá logrado; y esa emancipación completa estimulará el mayor y mejor empleo de las vastas reservas territoriales que poseemos aún, para la producción de aquellos artículos de primera necesidad, en la cual será ya indisputable, por todo el siglo, tal vez,

nuestra primera categoría.

Pero la corrección del procedimiento que hoy la invierte a discreción de la clientela, convirtiéndonos en sus tributarios, y la consiguiente valoración de lo nuestro, despertará previsible resistencia. La lucha económica que la manifestará, desde luego, puede resolverse a nuestro favor mediante la buena moneda y el crédito adecuado; mas no sólo por los rozamientos peculiares a tales fenómenos, sino por tratarse de artículos de primera necesidad para clientes tan poderosos, es sumamente posible la amenaza de conflictos que las potencias suelen resolver empleando la fuerza. La palabra potencia es una expresión de fuerza; y el verdadero objeto de toda guerra, empezando por la que nos dió patria, es la conquista o el dominio económicos que aseguran la posesión de esos artículos de primera necesidad. No hay incentivo más despiadado que el hambre. El empleo de la fuerza tiende, por otra parte, a aprovechar la menor resistencia; de suerte que el respeto internacional corresponde a la ma-

yor capacidad de resistir, fundamento de la potencia. La nación es una entidad moral y física; pero, tanto como la mente sana requiere el cuerpo sano del adagio, que así define la buena salud o equilibrio vital, su derecho exige fuerza efectiva para no ser una mera abstracción. En qué medida? En la que corresponda a un resguardo eficaz cuyas condiciones señalaré luego.

Pero la nación precisa también fuerza suficiente para asegurar el orden interno, que es la garantía debida al trabajo, fuente de su misma prosperidad. Este orden consiste, para nosotros, en el sostén de la organización capitalista, que es la más conveniente por ahora, y la única cuva eficacia tiene comprobación efectiva en el propio éxito del país. El colectivismo, bajo su triple advocación de socialismo, comunismo y obrerismo, es una proposición ideológica, o un ensayo frustrado allá donde lo han puesto en práctica. Ciñéndonos a lo nuestro tan sólo, conviene recordar que dicho sistema de organización es una idea nacida en países densamente poblados, donde hav más gente que tierra y donde, por lo tanto, el rendimiento del trabajo tiende a fraccionarse en forma insuficiente para la mayoría. Aquí, todo lo contrario. Hay más tierra que gente; y nuestra deficiencia fundamental consiste en la falta de población. A ella corresponde, naturalmente, la falta de capitales, cuva inmigración necesitamos estimular mediante una fundada esperanza de fuertes utilidades. Así se ha realizado la grandeza y la prosperidad de los Estados Unidos, donde el colectivismo no consigue arraigar hasta hoy. Tampoco es posible atraer población, sino con la esperanza de la propiedad y el aliciente de la fortuna. El colectivismo es, en suma, una escuela de resignación a la medianía.

Para las naciones en formación como la nuestra, eso es moral y materialmente nocivo. La grandeza del país representa el triunfo de los enérgicos. La victoria no cuenta con los que caen. Y lo que puede haber de más

doloroso en ello, es el reverso correspondiente a la mayor satisfacción de los esfuerzos logrados. El mejor inmigrante es el que llega aspirando a millonario. Constituída así, es como la población de los Estados Unidos goza el tipo más alto de vida material y moral, habiendo

llegado a suprimir la pobreza. Muchos de esos inmigrantes conservan, entretanto, la ideología con que vinieron, sobre todo si no les va tan bien como esperaron, y procuran imponérnosla, alterando el orden que nos conviene mantener. Algunos ciudadanos de filiación ideológica igualmente extranjera, asócianse con ellos bajo igual propósito; la explotación electoral de los demagogos hace el resto, y en tal forma es como ha llegado a creársenos el peligro colectivista, que en la juventud universitaria, sobre todo, es un error generoso, pero temible. Así ha nacido la tendencia pesimista de apreciar al país en menos de lo que vale; el funesto equívoco de la indefensión con el amor a la paz, que es como renunciar a la higiene en nombre de la salud; y el artificial odio de clase en un país donde las clases no existen.

Tales son los peligros interno y exterior de que deben preservarnos las fuerzas militares de la República. Pues exactamente como las potencias en la política internacional, el colectivismo, internacional también, se define por expresiones de fuerza: la dictadura proletaria, la confiscación, la guerra civil y el atentado.

Necesitamos, pues, una flota capaz de mantener incólumes los puntos vitales de nuestras costas y libre la navegación de nuestros ríos: programa mínimo y de mera defensa, como se ve; pues, dado el carácter de nuestra riqueza activa, ese mismo programa reducido debería completarse con elementos de convoy. Inútil añadir, pues nadie lo ignora, que nos hallamos lejos de esa modesta aspiración. Aislados e indefensos, cualquier peligro nos impondría alianzas siempre más onerosas que la oportuna preparación. Pero el caso es que tampoco tenemos política internacional, dando por tal nuestra buena fe, cuando lo que busca dicha organización es resguardo contra la mala fe ajena...

En cuanto al ejército, es de sentido común que su poder lo determinen las fronteras atacables o peligrosas. Nuestra defensa eficaz, estudiada sin la más mínima suspicacia, requeriría, así, una fuerza permanente de diez divisiones de cinco mil hombres cada una, lo cual comporta una proporción discretísima con las cifras del último enrolamiento y con los recursos de la nación. Reflexiónese que sólo la Municipalidad de la Capital derrocha sesenta millones anuales en empleados inútiles por mitad y extranjeros en sus dos terceras partes...

La convocatoria de esos cincuenta mil hombres permitiría también que pasara por las filas la mayoría de los conscriptos, al revés de lo que sucede ahora, no sólo para adiestrarnos en el servicio, conforme manda la ley, sino para emplear la disciplina como elemento de nacionalización sobre la juventud de los centros urbanos principalmente, por ser ellos, como es de notoriedad, los más extranjerizos y revoltosos. En un país como el nuestro y conforme a lo que va revelándonos una experiencia más decisiva cada vez, el cuartel es tan necesario a la juventud como la escuela primaria.

Acaba de vérselo con heroica oportunidad, en la conducta de los dos marinos de fila que han honrado el pabellón durante el naufragio del *Principessa Mafalda*. Pertenecientes a la suboficialidad voluntaria y a la conscripción obligatoria, dijérase un doble modelo propuesto por el destino en ese cabo y ese soldado. A pesar de hallarse convalecientes, la virtud militar habló en ellos como debía. Sintiéronse soldados argentinos y procedieron por cuenta propia, desmintiendo así el calumnioso aserto que confunde a la disciplina con la pasividad servil, cuando es conducta reglada por el espíritu de sacri-

ficio. No hubo allá sino esos dos soldados nuestros, y esos dos fueron los mejores en la tarea de salvar, con sacrificio de la salud y de la vida. Esa es la moral que enseña el servicio de armas. De suerte que cuando algunos hablamos de «los mejores» y atribuímos al ejército así formado la representación del país, nuestra buena razón tenemos.

Tal es la contribución con que me propongo celebrar el éxito de las grandes maniobras que han tenido por campo aquella histórica Cuyo de San Martín, donde el cóndor libertador echó alas fuera del nido. Creo que en ello consiste el mejor homenaje a nuestras armas, o sea a la más limpia v respetable de nuestras instituciones, desde que, como siempre, y con la habitual desconsideración a la hospitalidad del país, aprovechó la coyuntura para criticarla con ojeriza, la prensa sectaria, de propiedad v de redacción extranjeras, como si obedeciese a una consigna de extraviarlo y debilitarlo. No ha retrocedido, así, ante el mismo absurdo, zahiriendo por inexplicables «las maniobras en tiempo de paz», su costo y sus contratiempos, no sólo inevitables, sino buscados como material de estudio; para que cuando lleguen «las maniobras de guerra», que son ya la guerra misma, tengan resguardo eficaz los extranjeros y sus empresas, eximidos del sacrificio que nos corresponde por exclusivo deber.

Todo país calcula su poder necesario sobre el monto efectivo de la riqueza nacional. Esto no es militarismo sino cordura. En el estado actual del mundo, toda nación inerme y rica es una presa. Pues en el mundo entero también, a empezar por la Rusia soviética, Paraíso Rojo de los antimilitaristas, las necesidades aumentan a medida que disminuyen las probabilidades de paz.

## ROMA O MOSCÚ

El dilema planteado cuatro años ha por la victoria definitiva del fascismo en Italia, ante la no menos decisiva del maximalismo en Rusia, acaba de ratificarse en forma explícita con una declaración de aquél, cuya oportunidad histórica establecen a su vez dos hechos, más significativos por serle ajenos: el fracaso de la tentativa para limitar los armamentos navales, y el movimiento internacional en favor de los reos Sacco y Vanzetti.

A pesar del beneficio que la disminución de armamentos habría comportado, y que ninguna de las naciones representadas en Ginebra intentó disimular, el problema quedó reducido a dos factores esenciales: la seguridad previa, sin la cual no es posible desarmarse, y la irrenunciable atribución de proporcionársela cada nación por su cuenta. Trátase, como se ve, de las dos causas que respectivamente alegaron para no asistir Francia e Italia. Y resultando ellas, a su vez, sendas expresiones de soberanía, esta consecuencia viene a confirmar otra doctrina del fascismo: la soberanía no es negociable. Cada nación tiene que armarse de acuerdo con su exclusiva necesidad; y por esto, la conciliación de intereses soberanos, o constituye una alianza, o es imposible, aunque no exista entre ellos oposición ni rivalidad. He aquí una enseñanza muy útil para nosotros, siempre estorbados por falsos escrúpulos de americanismo verbal y de pacifismo servil, cuando se trata de nuestra seguridad efectiva; pues bien se ve que, en la materia, opinan y proceden sin discrepar, monarquías, democracias y dic-

taduras. La patria, o sea la realidad viviente, antepone su conveniencia a todos los sistemas políticos, así condicionados por aquel supremo interés. Y de esta suerte, tanto en la Italia de la dictadura jerárquica como en la Rusia del despotismo plebevo; en los Estados Unidos de la república conservadora y en la Francia radical, nada hav superior a la patria. La libertad, la justicia, la moral, están dentro de ella. Son cosas suvas. El ciudadano y el habitante las ejercen, profesan y disfrutan, mientras no resultan perjudiciales a la patria que, en este caso, las limita o suprime por su soberana voluntad. En esto consiste el fracaso de la ideología demo-liberal, el internacionalismo colectivista y el pacifismo ecuménico, que bajo aspectos diferentes, pero con tendencia igual, son otras tantas negaciones de la patria. Pues todos ellos le anteponen principios que resultan, así, subordinando la soberanía, en nombre de una pretendida entidad superior: la humanidad, mera expresión filosófica o especie natural, irreducible a derecho. El fracaso de esta tentativa, renovada en todas las formas posibles desde que existe historia, es lo que precisamente autoriza nuestro pesimismo. Las colectividades sin patria son hasta hoy tribus enteramente primitivas; de suerte que el antipatriotismo, además de un crimen social, comporta, prácticamente, un regreso al estado salvaje.

La patria es una extensión de la propiedad, que empieza con la afirmación personal del yo, equivalente a declarar uno la posesión de sí mismo. Cuando digo «yo», afirmo, en efecto, que soy dueño de mí: condición primordial de la existencia consciente. Ahí empieza, como dije, la propiedad, bajo la misma acepción posesiva. Las negaciones colectivistas son conceptos místicos o destrucciones críticas cuya tendencia antisocial se define por la miseria, el despotismo y la barbarie. Ambos estados de conciencia manifiestan el egoísmo individual; pero mientras el primero es optimista en su afirmación

dionisíaca del gozo de vivir, el segundo formula el pesimismo de la vida dolorosa o frustrada. Uno define el derecho por la victoria, expresión de la vida triunfante. El otro por la compasión al débil que la vida predestinó a sucumbir. Este último es el que concibe la patria como una entidad formada para garantir los derechos del hombre, que son, en resumen, la libertad y la justicia individuales. Aquél la considera como una realidad viviente cuyo objeto es conseguir y asegurar a sus miembros el bienestar basado en la equidad distributiva. La consecuencia es que el primero, poniendo prácticamente al individuo sobre la patria, degenera en anarquía; puesto que al ser la justicia y la libertad individuales sendos estados de conciencia personal, ésta resulta superior a la nación. Tal es el absurdo en que viene a dar el racionalismo.

Pero la patria no es un estado de conciencia ni una entidad de razón. Es un hecho superior a la razón y a la conciencia. De tal suerte que, en caso de conflicto, se les

impone por la fuerza.

La ideología racionalista concibe el pacifismo basado en la justicia internacional ante la cual no debe haber jerarquía de naciones. Llamadas éstas a realizarlo, resulta que ninguna lo quiere ni lo puede. La realidad potencial constituye jerarquía, a pesar de todo; y declárese lo que se declare, y resuélvase lo que se resuelva en contra, un hecho se impone irrefragable y definitivo: la potencia es irrenunciable porque en ella consiste la soberanía, o sea la capacidad de existir por cuenta propia. Ninguna nación puede consentir la rebaja del índice vital que hava alcanzado, ni reducir sus posibilidades de superarlo incesantemente, sin traicionar su destino, o sea la aspiración al bienestar en grado máximo. No se vive de debilidad consentida, sino de fuerza propia. La ideología propone, pero dispone la realidad. La vida no es derecho, sino victoria.

Y en este concepto, el objeto del gobierno es conservar el orden, o sea el principio de equidad en el logro del bienestar que cada ciudadano pueda proporcionarse. Cuando dicho principio es completo, vale decir ajeno a todo privilegio de raza, familia, religión o ley, existe la democracia. Más que un sistema político, ésta es, pues, un estado social.

El otro sistema, el del misticismo crítico que tiene a Rusia por campo experimental, se basa en la igualdad abstracta de todos ante la vida; lo que, prácticamente, establece como denominador común de la sociedad al incapaz y al menguado. El comunismo es una reducción a cero. El mejor debe trabajar y producir para el peor, con el fin de que este último tenga lo que necesita, sin trabajar ni producir; y ello resulta admirable para los inútiles, mientras haya capitalistas que saquear. En seguida, o sea cuando esto se acaba, hay que organizar la servidumbre para que los salteadores puedan seguir viviendo; v tal es lo que ha sucedido en Rusia con la dictadura del proletariado: el que no es comunista, es paria: bestia de carga al servicio de los nuevos señores, que se denominan proletarios como el Papa se llama a sí mismo siervo de los siervos de Dios. Pues toda rebelión de la plebe asume el mismo carácter groseramente sensualista de aspirar al gobierno para cometer los abusos del señor. Por esto, lo que interesa a la plebe no es la justicia ni la libertad, sino la igualdad. El despotismo de que protesta no es un mal que desea abolir, sino un bien ajeno que quisiera gozar. El resultado está a la vista. A los doce años de dictadura proletaria, Rusia es un inmenso campo de miseria, corrupción, tiranía y barbarie. La desocupación aumenta, a pesar del trabajo forzoso llamado «conscripción», y de los salarios de hambre. El robo privado y fiscal resiste al propio terrorismo de la sangre. La expresión del pensamiento se halla sometida a censura tan rigurosa, que basta escribir Dios con

mayúscula para incurrir en la confiscación de un libro. La salazón de carne humana continúa siendo negocio; y poco tiempo ha, descubríase en Siberia un fondero que la practicaba. El militarismo lo subordina todo a la preparación de la guerra que provoca, fomentando la conspiración contra las instituciones de todos los pueblos, especialmente si son «amigos»; pues nadie ignora que la violación de la fe internacional, mediante el abuso de la inmunidad diplomática, es un sistema comunista. Ahora bien: ese estado de cosas es lo que en sociología se denomina barbarie; v sus características étnica y territorial corresponden al tipo de la horda mongólica readoptado por la Rusia maximalista, al desligarse, mediante la traición, del concierto europeo en que la incluyó Pedro el Grande. Lo que define, entonces, el dilema fascista es el viejo conflicto entre civilización y barbarie; o sea entre la «cosa romana» que es aquélla, y el comunismo de la horda asiática cuyas expresiones correspondientes en filosofía y en religión son el nihilismo v el ascetismo.

Una crisis de conciencia, muy semejante a la que padecen nuestros liberales, colaboró entonces al triunfo bárbaro. Habíala antecedido, tal cual ahora también, una penetración del misticismo asiático en el mundo romano. Los reos de traición militar y de conspiración antisocial que en eso se amparaban, contaron con la piedad del humanitarismo, tan calamitoso como el nuestro. y con los sentimentales del gran mundo a quienes sedujo siempre un poco de anarquía. Y en la natural laxitud que engendra ese estado de consentimiento, resultó «distinguido», como decimos ahora, conservarse indiferente a la acción progresiva del enemigo social. Roma se llenó de extranieros que conspiraban en nombre de la Humanidad, proclamando el comunismo y el antimilitarismo, sin perjuicio de la complicidad con los bárbaros correligionarios que en son de guerra atacaban al Imperio.

Cuando la civilización y el orden intentaron reaccionar, ya no era tiempo. Tal es el conflicto que vemos reproducirse en mayor escala.

El comunismo y sus cómplices liberales de buena o de mala fe, acaban de ofrecernos un caso confirmatorio en la persona de los anarquistas Sacco y Vanzetti, convictos de un crimen cuyo objeto había sido—recordémoslo bien—el saqueo de una suma destinada a pagar jornales de obreros. El maximalismo ruso lanzó la palabra de orden al mundo que sigue su inspiración o sus dictados, para protestar contra la ejecución de esos dos anarquistas, a quienes, por el mero hecho de serlo, habríase ajusticiado con pena de muerte en la misma Rusia de los soviets. Pues el anarquismo está prohibido allá bajo dicha pena.

Pero el objeto humanitario ocultaba, apenas, el verdadero propósito. Este consistía, realmente, en organizar la oposición contra los Estados Unidos, o sea la potencia capitalista, a la cual, de acuerdo con el sistema de los soviets, se achacaba el designio político de estos últimos. Sacco y Vanzetti eran las víctimas de una justicia de clase, decidida a sacrificarlos con atropello de todas las garantías de la ley y todas las inspiraciones de la clemencia. Durante siete años habíaselos mantenido bajo condena de muerte para agravar su martirio. Aquel atentado burgués responsabilizaba a la nación entera.

Todo esto era calculadamente falso. La aplicación de la pena habíase retardado mediante la interposición de apelaciones, recusaciones, solicitudes y recursos de todo género ideados por los defensores para conseguir una revisión del proceso, y consentidos por la autoridad, hasta dentro del mismo absurdo: lo que, si algo revelaba, era las garantías de que disfruta allá la defensa de la vida humana. No se recuerda proceso más depurado y controvertido dentro y fuera de la ley.

Además de esto, baste recordar que el hecho ocurría en la capital intelectual de los Estados Unidos, aquella Boston donde se dió el grito de la independencia nacional y se abolió la esclavitud sesenta años antes de Lincoln: capital del estado que más gasta en instrucción pública y que posee más institutos superiores de cultura gratuita, allá donde abundan tanto. El maximalismo hablaba, sin embargo, de barbarie...

Pues bien: durante los siete años en que se ha luchado allá por la vida de esos dos reos, invirtiéndose en su defensa más de dos millones de dólares reunidos por subscripción pública entre los ciudadanos de la Unión, y asociando a tan noble fin millares de ciudadanos—en la Rusia maximalista, autora de la protesta contra «tan bárbaro crimen burgués», se ha ejecutado sin formación de causa, bajo el solo informe de la policía secreta, ciento diez mil personas de ambos sexos por medio del fusilamiento en masa y sin un solo acto de compasión ni cuando se trata de menores y de mujeres.

No había, pues, tal piedad ni tal reclamo de garantías a favor de la vida humana, sino política sectaria contra un país enemigo, en el cual aborrece la barbarie una prosperidad y una cultura que sus intrigas no alcanzan a conmover. Que en cuanto a «justicia de clase», la dictadura del proletariado, con su moral de bandolero y su sistematizada iniquidad, nos tiene ilustrados hasta el exceso. El verdadero reo de lesa civilización es la Rusia maximalista, que erigiendo en sistema el pillaje y la traición, se puso fuera de la ley de las naciones.

Por otra parte, ni siquiera es verdad que la ejecución de esos criminales comprometa a los Estados Unidos. El de Massachusets ejerce jurisdicción soberana en la materia, sin que el gobierno federal pueda inmiscuirse en ello, exactamente como sucede entre nosotros con la justicia provincial: identidad que no evitó, sin embargo, el traspié de nuestra Cámara de Diputados nacionales,

cuando, dirigiéndose a la similar de la Unión en demanda de clemencia, mostraba su hilacha demagógica por el derecho y el revés.

Con todo, las fuerzas disolventes del mundo entero han perdido su batalla campal, estrellándose en masa contra el valor cívico de un hombre. Durante un momento de la Historia, el gobernador Fuller ha sido el portaestandarte de la civilización. Quede para los sentimentales extraviados de buena fe, la opción entre esa justicia de los Estados Unidos ante la cual es posible defender, en nombre del inmortal derecho de Roma que inspira a toda la civilización, la vida de dos criminales convictos y sentenciados siete años ha, y las matanzas de Moscú que acaban con ciento diez mil vidas sin defensa ni misericordia.

Opción tanto más urgente cuanto que se trata de una campaña descubierta. No pasa día, en efecto, sin que se denuncie, desde Méjico a la Paz, la consabida agencia comercial de los Soviets, que a semejanza de la Arcos House, de Londres, organiza la perturbación traidora de instituciones y conciencias mediante el dinero ruso. Intitl añadir que acá las tenemos, y que un día u otro cosecharán su cizaña roja, ya en flor, según lo muestran hechos recientes, confirmatorios de anteriores experiencias. La organización del crimen social que nos amenaza, está a la vista; y la Historia enseña sin discrepancia que la peor política es capitular con él.

# LA PAZ BOLCHEVIQUE

Al fracaso de la intentada revolución mundial, con que el socialismo, capitaneado por la Rusia maximalista, pretende substituir la guerra internacional de los ejércitos con la guerra civil de los pueblos, no menos universal, ha seguido la prevista división del comunismo en pleno Paraíso Rojo, donde a la hora de éstas Trotzki y los suyos padecen la proscripción por el delito capital de haber disentido con el gobierno...

Este derecho, que con tanta amplitud ejercen en los «países capitalistas» los sectarios y corifeos de Marx, constituye delito en Rusia. Tiénese allá por alta traición, o al menos por conspiración intolerable contra el Estado, lo que considera inalienable facultad del hombre libre la más conservadora de las naciones burguesas. De esta suerte, Trotzki y los suyos vienen a resultar la

cola mordida de la serpiente.

Verdad es también que, conforme al brutal cinismo de la propaganda marxista, la secta debe usar contra la propia burguesía la libertad y el pacifismo, calificados de «prejuicios burgueses» por el sumo pontífice Lenín; pues la dictadura del proletariado se reserva con discrecional amplitud el derecho a ser despótica, sanguinaria y militarista.

Previsible era, pues, que tras la inmensa farsa del caso Sacco y Vanzetti, a quienes habrían ejecutado en Rusia, por anarquistas, mucho antes que en los Estados Unidos por criminales, la Tercera Internacional ofrecería otro espectáculo. Es lo que han hecho en Ginebra los delegados de Rusia, al proponer el desarme absoluto y universal para suprimir la guerra. Pues, en efecto, ante la lógica primitiva de los fanáticos que congrega dicha comunidad, aquello parece obvio: licenciados los ejércitos y suprimidos los pertrechos de guerra, no habrá guerra.

Lo malo está en que los pertrechos y los ejércitos vinieron porque hubo guerra antes de que existieran ejércitos ni pertrechos. Las primeras armas con que pelearon los hombres fueron garrotes y piedras brutas. Los propios marxistas no quieren, por lo demás, abolir la guerra internacional, sino transformarla en guerra civil. Este es el objeto mismo de su propaganda. Y si se recuerda todavía que, para ellos, «el pacifismo es un prejuicio burgués», su intención salta a la vista.

Nada menos comprometedor, por otra parte, que preconizar lo absoluto. El que propone tocar el cielo con la mano, sabe que esto no sucederá, y se adjudica por anticipado una cómoda fulminación contra los incrédulos en su quimera. Si se reflexiona, además, que la diplomacia maximalista cuenta entre sus recursos normales la infidencia y la traición, puesto que según los aforismos de la secta, el honor es también «prejuicio burgués», inférese la seguridad en que reposaría el propuesto convenio de licenciamiento y desarme. El tráfico, la circulación, la prensa, la comunicación libres no existen en Rusia; de suerte que faltarían hasta los recursos elementales de información. Habría que creer, pues, bajo palabra, a los que se jactan de no respetar la suya.

Mientras tanto, ello comprueba una vez más la incapacidad de la plebe para la equidad y la tolerancia. Estas virtudes, eminentemente aristocráticas, porque son frutos de una selecta educación, o con más propiedad, disciplina filosófica del instinto, hay que imponerlas a la plebe por medio de la fuerza, para que pueda existir sociedad civilizada; pues lo que sus corifeos califican de «prejuicios burgueses» son los fundamentos morales de la civilización; de tal suerte que negarlos, equivale, como lo tengo dicho, a replantear el viejo conflicto entre aqué-

lla y la barbarie.

La civilización es un equilibrio conciliatorio de intereses y aspiraciones entre los hombres y los pueblos. Lo absoluto le es, pues, inaplicable o nocivo, y así lo comprobaron con horrenda eficacia las guerras de religión; así el sueño del imperio universal, transpuesto de la monarquía al comunismo. Por ello la ideología comunista es ecuménica: revolución universal, desarme universal, democracia universal, colectivismo universal. Esta metafísica de cepa oriental, mucho más mística que política, a pesar del ateísmo de Estado—no pocas religiones asiáticas son ateas—se desvanece por reducción al absurdo. Veamos cómo su aplicación al caso que nos ocupa, daría el mismo resultado.

Nadie ignora que la guerra química representa la más terrible amenaza; pero todos sabemos también que cualquier fábrica de colorantes y abonos puede transformarse con la mayor facilidad en productora de gases tóxicos. Para suprimir esa guerra, la más decisiva por ser la más atroz, habría que destruir una rama entera de la química industrial, con grave detrimento de otras tan importantes como la del vestido, y reducción encarecedora de la producción agrícola.

El avión de combate es de tal eficacia bélica, que ha modificado y subordinado en gran parte la guerra terrestre y naval. Toda aeronave de comercio puede transformarse con la mayor facilidad en avión de guerra. El desarme absoluto suprimiría, pues, la aviación, o sea la

más preciosa conquista del hombre civilizado.

Todas las grandes líneas de ferrocarril son, a la vez, comerciales y estratégicas. Lo son de suyo, por mera condición de tráfico. Para quitarles ese carácter, habría que arrasar, pues, los ferrocarriles. A qué continuar...

La paz universal es una paradoja mística. Por otra parte, todo principio absoluto, como toda línea infinitamente prolongada, vuelve al punto inicial, cerrándose sobre sí mismo. El progreso sin límites es tan irracional como la infinitud lineal que lo describiría. Por esto la paz absoluta, en su afán de abolir la barbarie de la guerra, recaería en la barbarie de la ruina, la incultura y la incomunicación, que encenderían la guerra otra vez.

Es que la guerra, fenómeno inherente a la naturaleza humana, constituye un accidente de la civilización. Es uno entre los varios defectos de una especie imperfecta como la humana, capaz de concebir la perfección abstracta, pero no de practicarla. Tal es lo que nos enseñó el conflicto de 1914. Aquel experimento, completo como ninguno, demostró la falsedad de nuestra ideología humanitaria y democrática. Allá donde ésta había avanzado más, el ente lógico se eclipsó ante el animal de combate.

Tan vinculada está la guerra al proceso de la civilización, que en muchas ramas principales de la ciencia y de la industria suscitó y aceleró grandes progresos. La psicología bélica que engendra el espíritu de sacrificio por la patria, el amor a la gloria, el culto del honor en un supremo desinterés, no es un estado de barbarie. El salvaje y el bárbaro nunca obedecen a esos móviles. Fuera de esto, las consecuencias del conflicto mundial comprueban también que la evolución humana, como la del planeta en que se efectúa, no es catastrófica. La catástrofe impresiona más que el juego normal de las fuerzas vitales, pero éste es el que produce las modificaciones profundas y definitivas. De aquí que se haya reparado con tanta celeridad pérdidas tan enormes en apariencia. Así como no hay vida sin enfermedad, no hay civilización sin guerra. Ella es fatal; lo que en la obscuridad causal de la vida, equivale, acaso, a necesario.

Insisto en que así como la medicina racional no se propone abolir la muerte, sino defender la vida, el pacifismo sensato no busca la supresión de la guerra, sino la conservación de la paz. Lejos de ser esto un prejuicio burgués, constituye una aspiración perfectamente realizable. La propuesta rusa es el pregón de un específico milagroso, que como todos los del género, resulta un poco de agua común en botella colorada: la consabida mixtura para engañar al burgués con el objeto de aprovecharlo desarmado.

No hay en todo eso una pizca de buena fe. Rusia sigue disciplinando y pertrechando su ejército formidable, mientras ejecuta en masa docenas de condenados políticos. En Méjico, el otro modelo que se nos propone por acá, no sólo están en manos de generales el gobierno y la oposición—todo ello a muerte, según acabamos de ver—sino que los resultados del ensayo socialista son como ahora se sabrá.

Don José Vasconcelos, apóstol insospechable en la ocasión, afirma lo siguiente en el número 16, tomo XV, del Repertorio Americano, de Costa Rica:

«Mientras Obregón se reelige en Méjico—pasando sobre los cadáveres de cien mil patriotas que en quince años de revolución han caído defendiendo el principio democrático de la no reelección—tres millones o más de mejicanos se refugian en los Estados Unidos, huyendo de la miseria que crean las tiranías y de los pelotones para las ejecuciones sumarias de los descontentos y los rebeldes.»

El Departamento de Inmigración de los Estados Unidos acaba de apreciar a su vez en cincuenta mil individuos por año la emigración de mejicanos a dicho país.

No obstante lo cual, el señor Vasconcelos y sus correligionarios, siguen predicándonos el odio contra la Gran República donde encuentran amparo sin limitación, pues la cuota inmigratoria no rige para las nacio-

nes americanas, las víctimas que pueden escapar del militarismo comunista. La ceguera fanática resiste, como se ve, a toda evidencia. Hay que ejecutar la consigna rusa, no propiamente contra los Estados Unidos como entidad política, sino contra aquel foco gigantesco de cultura y prosperidad, donde el socialismo nada puede ante el bienestar de ciento veinte millones de almas.

Así resulta de las siguientes apreciaciones del comisario del pueblo Radek, llamado «el rojo de los rojos», a Mr. Ivy Lee, agente del *trust* del acero, con el cual negocia el Soviet concesiones perfectamente capitalistas:

«Lo que forma al comunista, no es lo que aprende en la escuela, sino lo que aprende en la vida. El que tiene hambre, ése es comunista.»

Y como Mr. Lee le preguntara qué propaganda reali-

za el Soviet en los Estados Unidos:

«¿Qué propaganda quiere que hagamos?—repuso el cínico personaje.—No hay propaganda que valga contra veintitrés millones de automóviles.»

Es la confirmación más palmaria de lo que se respondió acá alguna vez a nuestros sectarios: la burguesía explotará el trabajo, pero el socialismo explota la miseria. De ahí la ojeriza contra el progreso nacional en todas sus ramas, especialmente la ganadera y la industrial, que constituyen los éxitos más brillantes del capitalismo, y que asegurando con ello el bienestar común, extirpan por selección natural la cizaña colectivista.

### LA ENCRUCIJADA

Miembro de la colectividad civilizada que hizo la guerra, dentro del grupo latino al cual pertenece, y partícipe, con ello, en las consecuencias de aquel fenómeno, nuestro país ha venido a encontrarse ante la misma encrucijada histórica definida por un ineludible dilema en-

tre la disciplina y la libertad.

No necesito añadir que esta última palabra sintetiza en mi intención el sistema constitucional de la democracia mayoritaria, ensayada por el nuestro y aquellos países durante el siglo XIX, y que entra ahora en oposición con la índole de los mismos, a virtud de dos razones capitales: la renovación del sentimiento nacionalista, que es un recobro de la entidad psicológica, y la convicción experimental de que la democracia adoptada por las naciones latinas transfórmase inevitablemente en colectivismo. Que éste sea el marxismo, por decirlo así, dogmático, el comunismo, o cualquier otro seudónimo, el resultado sale igual y consiste en la demagogía proletaria con su bien conocido objeto: la confiscación conducente al pillaje.

La producción necesaria para bastarse cada país y la fuerza indispensable para defenderse en esa posesión efectiva de la soberanía nacional, son dos consecuencias experimentales de la guerra, que el estado del mundo impone con creciente evidencia. El recobro de la integridad psicológica, que antes dije, asume ese doble carácter y revela en forma intolerable a la acción que determina, la incomodidad del sistema ajeno, adoptado por

influencia ideológica o por el prestigio de éxitos como el de los Estados Unidos, o por ambas cosas a la vez, según pasó entre nosotros. Es, pues, un complemento de emancipación.

Pero, en nuestro caso, resulta algo más importante todavía.

La verdad es que constituímos un país en formación, porque nos faltan hombres y capitales. No podemos atraer aquéllos sino con él aliciente de una vida mejor, mediante la explotación de nuestra tierra baldía. El móvil del inmigrante que se nos incorpora es, pues, la esperanza de propiedad. La riqueza que el país necesita producir para bastarse y defenderse, requiere, a su vez, el capital que la mueva; y como este elemento no existe acá en la proporciên debida, tiene que venir a colocarse, siempre que le aseguremos condiciones de prosperidad.

Toda legislación que amenace o perjudique a la propiedad y al capital, será, pues, contraria al interés más elevado del país e interruptora de su evolución orgánica; y así sale de suyo la colectivista, comunista u «obrerista», inspirada en las necesidades y arbitrios de países, no sólo formados ya, sino viejos, sobrepoblados, industrializados y capitalizados hasta un punto de estabilidad que degenera en rigidez. La grandeza de los Estados Unidos, país cuya formación planteó los mismos problemas que consideramos acá, se ha efectuado mediante la atracción de hombres y de capitales, arraigados en su suelo por una legislación enérgicamente protectora, cuyo rigor se acentúa en vez de atenuarse. Porque es una experiencia de éxito progresivo en la adquisición y la garantía del bienestar general.

Somos y seremos, cada vez más, un país conservador, a despecho de cualesquier episodios políticos o sociales; pues en tal sentido se resolverá el dilema entre disciplina y libertad, dada nuestra conveniencia. Así lo creo sin vacilar; y cuando me apresuro a escribirlo, es para ver

de acelerar en lo posible la benéfica reacción, dados las pérdidas y riesgos que su atraso puede causar a la República.

Veamos si ello es tan grave como me parece.

Coincide con la sanción de las leyes electorales «que aseguran la verdad del sufragio» y progresa junto con el «obrerismo» de la demagogía triunfante en consecuencia, el fenómeno que los economistas llaman balanza económica adversa, y que consiste en exportar el país menos de lo que importa: es decir en ir gastando el capital, además del rédito. Fenómeno de autofagía que para este año, por ejemplo, no bajará de ochenta millones de pesos oro, mientras la balanza comercial será también contraria en unos cuarenta (1).

Estos millones los emplearía el país en su provecho, aumentando y consolidando el bienestar de sus posesores, entre los cuales se halla la misma nación; capitalizándolos y multiplicando los frutos del trabajo personal en forma de sueldos y de jornales, si lo aplicara a la industria; y costeando en mejores condiciones su instrucción, su higiene, sus obras públicas y su defensa. Necesitaría menos, también, del capital extranjero y aumentaría el valor de la moneda. Sufrimos, pues, un considerable déficit de producción, que es, naturalmente, más sensible en los dos ramos principales de la misma: la ganadería y la agricultura. Ello proviene en gran parte de un hecho que se agravará:

La tendencia de cada país a bastarse, vincúlase de tal modo al problema de la defensa nacional, que en la Europa consumidora de nuestra producción agropecuaria, no se oye hablar sino de «campañas» y «batallas» del trigo y de la carne; mientras las naciones más amigas, como España, o más ricas, como los Estados Unidos, recurren a expedientes y aranceles de verdadera prohibi-

<sup>(</sup>I) Referiame a 1927. La misma cosa siguió ocurriendo después.

ción. Es una ofensiva general para excluirnos o imponernos la capitulación a vil precio; y continuando con la nomenclatura bélica, va de suyo que no la hemos de con-

tener sino mediante el contrataque.

Como el objeto nivelador de esas campañas es principalmente cuantitativo, la lucha nos impondrá la industrialización de aquellos productos que hoy exportamos tal cual, refrigeración inclusive; pues en los propios Estados Unidos, con su rigor aduanero, nuestras carnes conservadas acusan entre 1925 y los primeros nueve meses del año pasado, un aumento de importancia, cifrado, respectivamente, por 2.631.963 y 5.180.423 kilogramos. La indicación no puede ser más concluyente.

Tomando ahora un ejemplo de lo que importamos, baste considerar que sólo el hierro manufacturado y en barra excede los cincuenta millones de pesos oro, pues lo que se fabrica en el país tiene por materia prima al metal viejo regenerado. Si laboreáramos los yacimientos de hierro que existen abundantes y de alta ley en varios puntos de la República, no sólo capitalizaríamos tan importante suma, sino que crearíamos una industria vital para la formación definitiva del país, su expansión y su defensa.

Efectivamente, la construcción urbana y rural, la maquinaria agrícola, el cercado ganadero, la red ferroviaria que va volviéndose progresivamente internacional, y el armamento naval y terrestre, dependen principalmente del hierro. Si el país no lo produce, queda subordinado en realidad a las naciones importadoras, que son además las primeras potencias del mundo: vale decir, en situación de tener que costearlo un día con el producto íntegro de su ganadería y de su agricultura, o de quedarse vegetando eternamente, para evitarlo, en el período pastoril; o de verse obligado a convertirse en satélite. Pues no se olvide que la subordinación económica es lesiva de la soberanía nacional. La producción de hierro

y de los otros metales de industria: cobre, plomo, manganeso y estaño, que también poseemos, nos daría, por el contrario, la situación de potencia: o sea el carácter de nación capaz de bastarse y de imponerse por cuenta propia. El necesario incremento de población sobrevendría con esa transformación industrial del país, al restablecerse el saldo favorable de corriente inmigratoria, casi nulo también durante el período demagógico que

atravesamos, y ya veremos por qué.

Mientras tanto, la posesión de filones de estaño representa un verdadero favor de la Naturaleza, por su espléndida singularidad. No habiendo en el mundo sino dos países que lo poseen y laborean: Bolivia y el Archipiélago de la Sonda, su creciente demanda lo ha convertido en metal semiprecioso, alzando ahora último su precio a tres mil ochocientos cincuenta pesos de nuestra moneda por tonelada en el mercado de Londres. Su explotación, además de alumbrar riqueza tan considerable y segura, proveería a nuestra industria, principalmente la de carnes v lacticinios, del envase metálico que le es indispensable para la conservación y el transporte; pues la hojalata que lo constituye importámosla de los Estados Unidos, donde, aunque no tienen estaño, la fabrican con ventaja comercial, debido a la baratura de su producción de hierro.

Esto último proviene, a su vez, de la hulla explotable a bajo precio, que también poseemos en mantos considerables; de suerte que en punto a materia prima, nada nos falta para organizar la industria completa. La posesión de ese combustible mineral, que el petróleo no reemplaza en su capital función metalúrgica, es otra condición fundamental de potencia. Esta se define, en efecto, por seis características: producción suficiente o sobrante de artículos de primera necesidad (alimentos, ropa y calzado); posesión de combustible industrial; metalurgia propia de hierro y de bronce; comunicación in-

terna capaz del transporte civil y militar simultáneos o complementarios; oro bastante para garantir la circulación monetaria, y fuerza armada correspondiente al sostén de esa situación. La falta de cualquiera de ellas motiva un aumento compensador de dicha fuerza; y tal es, por ejemplo, el caso de la Gran Bretaña con su flota. Por otra parte, la duración relativamente breve de los yacimientos petrolíferos y la destilación cada vez más valiosa de su producto, mantienen la ventaja de la hulla como combustible metalúrgico y de uso primario en algunos sistemas de calefacción industrial, para no mencionar la doméstica, que suministra, no obstante, una indicación de grande interés:

La hulla importada de Inglaterra y de los Estados Unidos es mucho más barata que nuestro carbón vegetal, y sale más ventajosa a la economía doméstica que la leña argentina; de suerte que si laboreáramos nuestros yacimientos, sacudiríamos otro yugo, pagaríamos menos, capitalizaríamos lo gastado y preservaríamos nuestro

bosque para usos más provechosos.

Entretanto, el capital minero, retraído desde varios años ha por distintas causas que no corresponde estudiar aquí, pero que autorizan a ratificar la duración del fenómeno, precisa estímulos cuya eficacia no es dudosa. Así, en Chile bajo la dictadura militar, y en el Brasil bajo el gobierno del doctor Bernárdez, que prácticamente fué una dictadura, pues se desarrolló en permanente estado de sitio, altas primas y garantías de estado, ora directas, ora de prenda contractual, han asegurado a ambos países el laboreo del carbón y del hierro en grande escala, según empezamos a sentirlo inmediatamente. El hierro y el acero brasileños han hecho ya su entrada en plaza, mientras durante la pasada huelga británica del carbón, recibimos de Chile varios miles de toneladas del susodicho mineral. Acaba de instalarse allá la fabricación de hierro y acero en condiciones tan vastas como serias; lo que bajo el concepto de nuestra defensa nacional significa quedar prácticamente rodeados. Y no se diga que es vana cavilación; pues en todas partes, y con rigor progresivo, cada nueva empresa fiscalizada u oficial, y hasta cada invención científica, subordinan su éxito a la aplicación militar. Así, repito, en el mundo entero.

Si he recordado el carácter dictatorial de los gobiernos promotores, es porque ello confirma una vez más la necesidad de simplificación enérgica que requieren las instituciones políticas para resolver esos vitales problemas, dada la incapacidad irremediable del sistema demo-liberal. Añadiré todavía que los dos países latino-americanos de moneda mejor por su tipo y su firmeza, son el Uruguay y Venezuela, donde gobiernan, respectivamente, la democracia radical y la dictadura. Nuestro congreso inútil y nuestro liberalismo doctrinario, nada han sabido hacer, ni siquiera para resguardar lo poco que existe.

Trátase, por otra parte, de una crisis constitucional. Nuestro sistema federal fué una transacción para salvar la unidad de la patria. Logrado su objeto, como lo está, ya no sirve, en consecuencia; y al resultar inútil, vuélvese nocivo, según acaece a todas las instituciones así agotadas. Las provincias autónomas no son más que catorce criaderos de empleados innecesarios; y su propia autonomía no sirve más que para estorbar la obra progresista de la nación, según se ve, por ejemplo, en el asunto de la explotación del petróleo. La realidad es ahora la unidad, no la federación. Pero volvamos a la objetividad presente.

Es así que la industria en formación a consecuencia de la guerra, está malograda. La inconsulta legislación «obrerista» de la jornada reducida, el salario mínimo, los seguros; la clandestinidad librecambista y la hostilidad contra el capital, que hasta es bandera de algunos gobiernos provinciales, han abatido el espíritu de empresa, han suprimido la competencia a favor del extranjero y han elevado el tipo de vida al nivel más alto del mundo. Por esto, la existencia media cuesta más caro aquí que en París, Londres y Nueva York; y por lo mismo, continuamos en el período pastoril, a pesar de nuestras

magníficas posibilidades.

Pero la ganadería y la agricultura, en crisis persistente, por lo demás, no bastan. Dilatadísimas comarcas del interior no sirven para ellas; y debido a la falta de industria, poblaciones enteras padecen allá la miseria más atroz sobre inmensos mantos de riqueza inexplotada. Mientras en Buenos Aires se mendiga con medias de seda, allá es regalo casual la piltrafa de oveja sarnosa y de vaca ética. El plomo y el estaño de Bolivia pasan sobre los filones argentinos de la misma riqueza, que en nuestras condiciones de trabajo no podemos explotar. La producción más barata de los países europeos ahoga la nuestra, sin beneficiar más que al capitalista y al especulador extranjero, pues el alto tipo de vida lo pone todo a su nivel. En cambio, lo poco más que pagara la población urbana, tan favorecida ya, a consecuencia de la protección necesaria, redundaría en provecho de la gente del campo, y con ello en el de toda la nación, que consumiendo lo suyo, aunque sea caro, al fin de cuentas se beneficia y asegura. La prosperidad de los Estados Unidos finca en este concepto interauxiliar que define la unidad orgánica de la nación. Así acaba de ocurrir, además de la carne, con nuestra semilla de alfalfa, rechazada por barata, para proteger al productor nacional. La última licitación de carne para la escuadra fué anulada por el presidente Coolidge, bajo declaración expresa de que habiéndola obtenido la producción extranjera, es preferible optar por la del país, aunque resulte más cara. Inútil, pues, abrigar acá esperanzas. Aquello no cambiará, y la fórmula de no comprar sino a quien nos compra es de imposible sostén, por la falta de equivalencia entre sus factores

Considérese, además, que los términos caro y barato son relativos. No es caro lo que se costea con facilidad. porque se gana mucho. Lo importante es ganar mucho, no gastar poco.

La solución de nuestra crisis es de orden interno y consiste en la ruptura del círculo vicioso que nos pone en trance de perdición. Hay que proceder sin demora a la transformación industrial del país, pero esto no puede hacerse mientras la legislación obrerista nos mantenga en condiciones de insostenible competencia con los rivales vecinos y lejanos. Hay que rebajar el costo insensato de la vida, pero esto es imposible bajo la carestía que se mantendrá a su vez, mientras las únicas ganancias positivas consistan en la especulación comercial, inexorablemente impuesta por los dividendos anuales; en el arriendo cuyo rigor acentúa la paralización de las transacciones inmobiliarias; y en la exportación preferente de los mejores artículos de consumo, o en su sometimiento a los monopolios locales, artificiosa consecuencia de aquella falsa situación. Hay, por último, que poblar al país, puesto que el hombre es el elemento principal de riqueza y de progreso; pero la inmigración no deja sino un saldo insignificante, porque el costo de la vida y los precios de la tierra explotable tornan poco menos que imposible la adquisición de esta última. Por otra parte, la mortalidad, sobre todo infantil, es mayor que la natalidad en varias regiones que comprenden ciudades como Córdoba y Tucumán...

Estas características negativas comportan la cristalización prematura o anticipada vejez, que nos amenaza por haber adoptado una legislación de naciones viejas, injerta a su vez en la fracasada ideología demo-liberal, cuyo engendro renegado, pero inevitable, es el socialismo. Su derogación, su revisión, por lo menos, impónese con enérgica urgencia. El bienestar del trabajador no consiste en la comensalía de estado ni en la legislación de clase. No hay país del globo donde el obrero viva mejor y prospere más que en los Estados Unidos, según lo comprueba la predilección inmigratoria del mundo entero, y allá no hay jornadas oficiales, salario mínimo, pensiones ni seguros de estado, 1.º de Mayo: colectivismo, en una palabra. La legislación es para todos, conforme lo exige la verdadera equidad; siendo lo contrario, privilegio de clase, precisamente. Porque esto de las clases tiránicas y oprimidas, es problema europeo importado junto con el socialismo tan extranjero como él.

Pero así como las instituciones políticas de la Unión resultan inadecuadas a nuestra índole, nuestros medios de acción no pueden ser rigurosamente iguales. Así, por ejemplo, será necesario organizar aquí el granero nacional, que asegure al país el disfrute suficiente y barato de su producción alimenticia, antes que la malogren para tal fin la exportación y la especulación excesivas; gobernar el tráfico y el comercio interiores con arreglo a la concepción del gobierno fuerte, que considera al bienestar común función directa del Estado, y ejercer la autoridad, no como mandato procuratorio, sino como mando posesivo o expresión substancial de fuerza.

Tales los dos caminos de la encrucijada histórica donde se ofrece al destino de la patria la opción entre la disciplina y la libertad. Entre el progreso conducente a la situación de potencia, y la cristalización plebeya de un país de segunda clase. Es un dilema preciso entre lo que podemos ser según los hechos, y lo que nuestros políticos creen que debemos ser: entre el realismo y la ideología. Si la patria está sobre todas las cosas, inclusive la justicia y la libertad, si es un hecho y no una idea, rumbo y procedimiento quedan de suyo in-

dicados.

## LA AMÉRICA LATINA

Designado por el Consejo de la Sociedad de las Naciones para formar parte de la Comisión de Cooperación Intelectual, fundada con el objeto de su título, mi atención debe ser preferente para los países de la América Latina, no sólo por pertenecer yo a uno de ellos, sino por el hecho causal de haberse creado el puesto que ocupo a iniciativa de la delegación venezolana y mediante el apoyo uniforme de las que mantenían dichos países entre la Sociedad, con el objeto de dar representación a la cultura de las naciones americanas de idioma castellano. Prosperó así la doctrina de nuestra autonomía espiritual respecto de España, como había sucedido va con la de los Estados Unidos respecto de Inglaterra; y teniendo además su representación la del Brasil, en la meritísima persona de Aloisvo de Castro, pudo decirse que en el dominio intelectual América era también para los americanos.

Acaba, entretanto, de fundarse la Unión Latino-Americana en Buenos Aires, con el propósito de «coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía

con los ideales nuevos de la Humanidad.»

Nadie ignora que el programa de la Sociedad o Liga de las Naciones es también ecuménico y cooperativo; con lo cual todo concurre a la pertinencia de las siguientes observaciones sobre el programa de la susodicha Unión, que en mi carácter de intelectual y escritor considero inaceptable. Examinaré uno por uno los puntos controvertibles, transcribiéndolos para evitar cargos de mala interpretación.

Dice primero: «orientar las Naciones de la América Latina hacia una Confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del derecho político y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental».

Es la idea de Bolívar, abortada cuando, según se verá, resultaba mucho menos quimérica, y reducida, como se ve, a tres puntos capitales: la limitación a la América Latina por exclusión de los Estados Unidos, conforme se manifiesta más abajo; el resguardo de la independencia contra los «estados capitalistas» solamente; y la falta del ejército y de la escuadra federales, que según el plan del libertador debían dar efecto a las sanciones de la Confederación en caso de rebeldía.

Cuando Bolívar acometió su empresa—panamericana—la comunidad de propósitos entre las naciones que acababan de luchar contra la dominación española era mucho más sencilla, sólida y activa que hoy, habiéndose logrado su triunfo por la alianza de las armas. A este estado de cosas casi ideal en la materia, correspondía la falta de rivalidad de intereses y la ausencia de problemas étnicos y religiosos. Era, por decirlo así, el momento idílico de la victoria. Y la idea abortó por quimérica, conforme supo verlo bien, ya entonces, la sensatez argentina.

Fuera de los motivos circunstanciales del fracaso, había uno esencial, que es el contrasentido irreducible de todas las tentativas análogas: la necesidad de imponer por la fuerza las sanciones desacatadas, pues sin ello no hay unión efectiva, y la imposibilidad de que eso no constituya un super estado, repugnante a la soberanía nacio-

nal. Así fracasó también la iniciativa wilsoniana; pero

en el caso que nos ocupa sería peor aún.

Como sólo unos pocos países de la América Latina poseen elementos de combate a distancia, principalmente flotas, que serían los principales, el resguardo de la independencia amenazada por «los estados capitalistas»— y si esto quiere decir «potencias», por las naciones más fuertes—constituiría una carga tal, que basta enunciar-lo para comprender su absurdo.

Supongamos una república de la América Central agredida por los Estados Unidos. Allá irían a hacerse derrotar inútil, pero infaliblemente, las pequeñas escuadras reunidas de Chile, el Brasil, la República Argentina—pongamos el Perú y media docena de cruceritos más—con el peregrino resultado de autorizarle al agresor más atentados y a mansalva...

Verdad es que el programa de la Unión excluye la fuerza; pero este es, precisamente, un motivo de inferioridad respecto al de Bolívar. Con todo, sigamos analizando sus prescripciones.

La defensa sería, dice, contra «los estados capitalis-

tas extranjeros».

Pero no define, aunque es fundamental, lo que debemos entender por «estados capitalistas». ¿Lo serán también Italia y Francia, países latinos, por lo demás? Y si conforme a la clasificación socialista, que es la adoptada, al parecer, no lo fuese Rusia ¿daría esto derecho a dicha potencia para atentar mañana contra la independencia y la libertad de un país latinoamericano?

Otro caso: la República Argentina puede ser muy pronto y aspira a serlo, desde luego, con decisión, un estado capitalista. ¿Será «extranjero», entonces? O por no ser ahora una ni otra cosa. ¿estará eximido de respetar la independencia ajena? ¿Qué actitud asumiríamos, es decir, qué haríamos, efectivamente, si Chile o el Perú, disconformes con el resultado del plebiscito de Tacna y Ari-

ca, declararan la guerra? ¿O si Bolivia decidiera recobrar con las armas su litoral marítimo; o si causara una guerra posesoria su cuestión de límites con el Paraguay? ¿O si el Brasil por el Acre, o Colombia y el Ecuador por el Putumayo, o las cuestiones de límites de la América Central, que ayer, no más, causaron movimiento de tropas en Panamá y Costa Rica?...

Entonces, o el ilusorio «ejército anfictiónico» de Bolívar o la dura realidad de la existencia posible, que hace de la patria, como de la vida individual, un permanente

estado de fuerza.

Pero la Unión proclama, todavía, la «solidaridad política de los pueblos latinoamericanos, y su acción conjunta en todas las cuestiones de interés mundial».

No se sabe si la primera de estas cláusulas propicia la intervención de unos estados en la política interna de los otros, que puede comprender desde una elección municipal hasta la adopción de una forma de gobierno; pues ello crearía un semillero de conflictos, conducentes al choque armado. ¿En qué consistiría o dejaría de consistir la solidaridad política de nuestro país, por ejemplo, con otro latinoamericano que se declarara comunista como Rusia, o adoptara la monarquía, o creara una forma sui generis, aboliendo, por ejemplo, el Parlamento o el Poder Ejecutivo?

En este momento de revisión constitucional, que va afectando al mundo entero, ello podría motivar complicaciones desagradables. Y ya se verá que no conjeturo, pues la misma dictadura cuenta entre las posibilidades

del programa de la Unión.

« La acción conjunta en todas las cuestiones de interés mundial» es otra quimera. Los intereses de las naciones americanas son ya muy distintos y lo serán más aún a medida que su desarrollo los complique. Nada hay, a la vez, tan imprevisible como esas «cuestiones de interés mundial»; de suerte que ningún país responsable sabría

comprometer a bulto y por anticipado su opinión, sin exponerse a peligrosas contingencias.

Todo esto proviene de un concepto mal aplicado por extensión: el de la mayoría democrática, que hace la ley del conjunto sometido a su régimen.

Pero no existe una democracia de naciones ni ello es posible.

El principio de equivalencia individual, por lo demás falso también, no puede regir para naciones que valen por ocho o diez, si se considera que la soberanía nacional es, precisamente, la potestad de hacerse justicia por cuenta propia. La patria crea el derecho y la justicia, de exclusivo acuerdo con su interés y su poderío; y toda intervención exterior que restrinja esa potestad suya, comportará detrimento de su soberanía. Afectará su honor y creará el casus belli. La patria no es, originariamente, una entidad de derecho, sino una expresión de potencia v de victoria. Su derecho a existir confúndese con su capacidad de existir. De esta suerte no tiene juez posible. Su juez resultará necesariamente su enemigo. Es esta realidad lo que torna quimérico el arbitraje general obligatorio. La soberanía nacional es incompatible con la justicia internacional. La mejor política de la nación será siempre la de su conveniencia. Y concretando: la Patria Argentina no es una creación del derecho, sino de la fuerza.

A esa solidaridad sin límites sucede, no obstante—humanum est—una declaración hostil y violentamente contradictoria: «repudiación del panamericanismo oficial».

Lo que, en términos exactos, significa eliminación de los Estados Unidos.

Para precisarlo mejor, la cláusula siguiente preconiza la «solución arbitral de cualquier litigio que surja entre naciones de la América Latina, por jurisdicciones exclusivamente latinoamericanas».

Esta beligerancia ideológica explica los sendos ad-

jetivos «capitalista» y «oficial».

Panamericanismo, en efecto, significa concierto de todas las naciones americanas, mediante la representación de los gobiernos, que son los agentes naturales de toda política internacional. El panamericanismo tiene, pues, que ser oficial, o no existe.

Ahora bien: por defectuoso que sea hasta hoy el ensayo, y por muchos errores que hayan cometido los gobiernos en él, saldrá siempre mejor buscar el concierto de todas las naciones americanas, y con mayor razón si se cree que la más fuerte es la más ocasionada a abusar, que constituir frente a ella un grupo inexorablemente

apartado, es decir sistemáticamente antagónico.

Al ejercer los Estados Unidos el «imperialismo capitalista» de la referencia, aquello estimularía fuerte y prontamente una declarada hostilidad. Al intento, siquiera teórico, de unificación que es el panamericanismo, sucedería la permanente oposición de dos Américas contrarias. Curioso modo de propender al desarrollo de la

concordia y la fraternidad humanas.

Mientras tanto, si el panamericanismo ha hecho poco, es también el único que ha hecho algo. En esto se diferencia de las otras congregaciones, como la bolivariana y la de 1863, meros proyectos de resguardo ilusorio; sobre todo el último, enderezado contra las «potencias reaccionarias de Europa». Es del caso recordar que la cordura argentina, con su renovada negativa de entonces, tuvo una vez más la razón histórica. Y no podrá decirse que Rivadavia y Mitre fueron malos americanistas o liberales sospechosos...

En los Estados Unidos hay toda una especie de políticos ignorantes y brutales, y éstos son los famosos partidarios del big stick; pero existe otra, más numerosa y mejor, de individuos para quienes no es vana fórmula el concierto americano. Antes que palabras, y podría ci-

tar muchas autorizadas y elocuentes, mencionaré dos hechos entre docenas de otros, no menos importantes: Funcionan allá más cátedras de castellano que no de inglés en toda la América Latina; y lanzada, poco días ha la idea de fundar en el Estado de La Florida una universidad panamericana, no faltó el consabido «capitalista» que se subscribiera—él solo—con cinco millones de dólares. Dudo que se lograra reunir con igual objeto esta suma, por subscripción privada, en toda nuestra América. Y no quiero recordar instituciones realmente maravillosas, como las de Rockefeller y de Carnegie, porque son de beneficencia universal, aunque tanto les debe América. Afirmo, además, que no existe una sola prueba concluyente del «imperialismo capitalista» de aquel país.

Por lo que respecta a las jurisdicciones arbitrales exclusivamente latinoamericanas, sería de recordar el desacato de Bolivia al laudo del presidente Figueroa Alcorta, si ello no equivaliera a mentar la soga del proverbio. Con todo, es de advertir que a ese precedente se atuvieron por precaución el Perú y Chile, al convenir el arbitraje en ejecución; y sabido es que ningún país sudamericano, inclusive el nuestro y el Brasil, y aun ambos juntos, se habría creído con la capacidad suficiente para

aceptar ese cometido.

Todo ello comprueba una vez más mi repetido aserto de que no hay en América política internacional posible sin los Estados Unidos, país con el cual no tenemos ningún motivo de agravio, aunque sí muchos de simpatía y conveniencia.

En cambio, la adopción de resentimientos ajenos, por fundados que sean, es mala política hasta en las relaciones individuales. No se vive de pesimismo ni de sospecha, ni la suma de ineptitudes engendra capacidad.

Cada colectividad entiende y practica la soberanía a

su modo.

Rusia suprime la libertad de pensar (j'en passe...)

y reduce a tres diarios oficiales la prensa de un país de ciento veinte millones de almas. El glorioso Estado de Tennessee prohibe enseñar la teoría de la evolución. Nicaragua pide a la marina de guerra de los Estados Unidos una guardia oficial; y cuando ésta decide retirarse, el gobierno le ruega que permanezca. Mientras tanto, amaga un conflicto de la poderosa nación con Méjico, a causa de que allá expropian la tierra bajo promesa de una ley de indemnización que todavía no se ha propuesto. En esta diversidad contradictoria, la solidaridad se vuelve difícil.

Por fortuna, el programa de la Unión nos informa, desde luego. Su segundo párrafo expresa el propósito de combatir «toda dictadura que obste a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social».

La inspiración de estos anhelos justificaría, pues, la dictadura; y no es menester mucho ingenio para comprender que se alude a la del proletariado. No es, por tanto, la dictadura lo malo, sino su inspiración. O sea lo que todos los dictadores sostienen.

Pero el antepenúltimo párrafo desvanece cualquier duda:

«Nacionalización de las fuentes de riqueza y abolición del privilegio económico.»

Es, como se ve, nuestro viejo conocido el socialismo, con su fórmula específica.

Y entonces todo se aclara.

El imperialismo, limitado a los «estados capitalistas», como si no constituyera una invasión, y de las peores, la propaganda comunista que sostiene el gobierno ruso contra las instituciones de los otros países, inclusive el nuestro, nueva y especialmente favorecido con esta preferencia de su hostilidad; para no hablar de conquistas a sangre y fuego, como la de Georgia, modelo de república socialista, según Macdonald, con el objeto bien capitalista, por cierto, de apoderarse del petróleo de Bakú.

Y se aclara la malquerencia contra los Estados Unidos, donde el socialismo nunca pudo prosperar, aun cuando se trata del país más trabajador, productor, rico, feliz y democrático del mundo, conforme lo demuestra la preferencia de todos los hombres necesitados de trabajo; mientras ese éxito humano se ha cumplido bajo el régimen de la propiedad privada, que el presidente Coolidge ratificaba en su último mensaje con valerosa convicción.

Llamados a optar entre esto y los frutos del marxis-

mo en Rusia, el resultado no sería dudoso.

Ignoro si los países del Continente desean imitar las confiscaciones mejicanas; pero sé que el colectivismo, en un país despoblado aún, militarmente débil, grandemente necesitado de capital y de industria, con una fuerte población extranjera, todavía inconexa o flotante—com-

portaría un síncope mortal.

Destinados a constituir por mucho tiempo aún una república pastora y agrícola, mediante la incorporación de trabajadores enérgicos a quienes sólo arraiga de veras la posesión del suelo, esto nos predestina a ser, como los Estados Unidos, un país conservador, capitalista, nacionalista, quizá guerrero. En todo caso, como lo es ya, un país contento de su suerte, y con ello poco dado a

comprometerla en aventuras.

Hacer propietarios es hacer argentinos; y a ello debiera corresponder una meditada ley de naturalización obligatoria. El socialismo es fenómeno de países sobrepoblados, industrializados y estables: condiciones que nos faltan totalmente. La idea de clase como situación permanente en la sociedad, es acá postiza. Generalmente llega el capaz de llegar. Y es mucho mejor constituir mediante esa selección, siquiera ruda y cruel, un país de vencedores de la vida, que una blanduzca colmena de comensales a media ración.

Por lo demás, no se hace caridad con la patria; ni

ésta tiene otro deber que el de asegurar la felicidad a sus hijos. Su honor ante las demás consiste en no hacerlo a costa del bien ajeno. No le incumbe otra responsabilidad que la de bastarse. Se vive como se puede, no como se imagina o razona, porque la vida es ajena a los sistemas humanos que llamamos moral. La inteligencia o la razón nada estable crean, ni siquiera crean nada. Lo único que crea es el instinto cuyas satisfacciones llamamos intereses y cuyo agente de realización es la fuerza. El intelectualismo y el racionalismo no son más que metafísica.

La América Latina es, así, una mera expresión etnográfica. No existe la menor posibilidad de transformarla en entidad política; y creo que si se realizara, no nos convendría figurar, al menos por ahora, en ella. Así fué ya en 1825 y 1863, y las razones actuales para mantener esa tradición son más fuertes todavía.

El programa de la Unión que acaba de fundarse es, pues, a mi entender, una reedición de dos cosas viejas y malogradas por la experiencia: el americanismo bolivariano y el socialismo.

Al afirmarlo, con la franqueza correspondiente a la honradez, nada me cuesta añadir que no hay en ello la menor sombra de ironía ni de duda sobre la rectitud de intenciones de los fundadores de la Unión, entre los que cuento más de un amigo. Toda crítica impersonal es un acto de consideración—valga la fórmula—distinguida.

## LA DIGNIDAD DE LA FUERZA

Al doble éxito americano obtenido con los arreglos entre Chile y el Perú, Bolivia y el Paraguay, los Estados Unidos acaban de agregar el del plan Young que ha congregado a las potencias de Europa con el objeto de liquidar definitivamente la Gran Guerra, perfeccionando el plan Dawes, americano también, y el de la tregua entre China y Rusia, mucho más significativa, por cierto, dadas su falta de relaciones con esta última nación y la enemistad que su gobierno les profesa. Es evidente que han conseguido todo eso porque pueden imponer su voluntad, mediante la posesión del oro y del hierro con que se forja las llaves de la paz. O para decirlo mejor, porque son potencia. Pero lo más importante no consiste en establecerlo, sino en comprender que ese estado de poderío es aplicable al bien de los hombres. Ya otras veces lo habían hecho, impidiendo al Japón el aplastamiento de esa misma Rusia hoy enemiga, y consumando la independencia de Cuba. Todo lo cual no impide reconocer que al propio tiempo cometieron también abusos de fuerza: porque los pueblos, como los hombres de que están formados, no son perfectos ni siquiera capaces de alcanzar la perfección. El criterio abstracto en que ésta consiste, carece de valor positivo como todas las expresiones de lo absoluto. Pero en cambio tiénelo muy grande la comprobación de que la potencia es aplicable al bien, y no, fatalmente, al abuso con los débiles. O en otros y más eficaces términos, que la paz es una organización, no una negación de la fuerza.

Lo mismo pasa con la salud o estado normal de la vida humana, constituído por una doble acción de permanente defensa contra la que en su detrimento ejecutan otras vidas:—microbios, insectos, fieras—y de captación de elementos vitales que asimila destruyendo otros seres en los tres reinos de la Naturaleza, mediante el hierro y el fuego, la captura y la masticación: en reali-dad de verdad con uñas y dientes. La hostilidad entre hombres es una consecuencia y una forma de esa organización de la vida cuya determinación causal esca-pa a la mente y a la conciencia. Por esto es quimérico perseguir su abolición racional, idéntica a la pretensión de suprimir la muerte. Sabemos, en cambio, cómo se puede preservar temporalmente la salud, y a ello nos dedicamos, para vivir del mejor modo y lo más que sea posible; sin que el término inevitable nos induzca al abandono pesimista de la preservación, como sucede con la paz respecto a la guerra. Para abolir esta forma de la lucha y de la muerte, que ni siquiera es la peor como se verá, habría que acabar con las pasiones determinantes: la ambición, el orgullo, el odio. Pero el hombre no ha conseguido suprimir ninguna pasión, no obstante la milenaria lucha establada con tal fin por la religión y la filosofía. Apenas ha logrado transformarlas en misticismo, pero sólo a costa del aislamiento individual. Es que toda pasión revela el predominio de una necesidad genérica. Constituye una entidad biológica superior al individuo; y por esto los hombres personificáronlas siempre en dioses y en demonios. Bajo este concepto esencial, tan inabolible es el cielo como el infierno. El fatalismo religioso tiene así más razón que el racionalismo de la paz perpetua. El hombre es instinto e inteligencia; y la vida humana, gobierno alternativo de ambas potencias en función de la necesidad, más poderosa que una y otra. La idea de la paz perpetua es una exageración intelectualista. Estriba en el error lógico de creer que como

el hombre puede razonarlo todo, puede también gobernarlo conforme a la norma de su razón. No existe, entretanto, un solo sistema fundado en esa conclusión, que no haya sido un fracaso.

Una de aquellas alternativas, la de la inteligencia o civilizaciên de las pasiones, restablece en la Historia el equilibrio perturbado por el exceso de potencia en un solo pueblo, y así nos lo enseña con claridad la eterna lección de Roma. Cuando la riqueza y la fuerza militar se equilibran en un estado de plenitud, la potencia deviene pacifista. La explotación provechosa de la situación así alcanzada en el mundo, es superior a toda conquista. La paz romana y la paz americana son, pues, de la misma índole. Pero el goce de la vida sin riesgo, acarrea modificaciones del ánimo inherentes a ese estado feliz. Y desde luego, el sentimentalismo ecuménico o humanitarismo, que es la espiritualización de aquella dicha segura. No se vuelve coleccionista de arte y fundador de hospitales y de capillas el comerciante enriquecido? El tráfico provechoso con el mundo, es de suyo un estado de concordia que fomenta la simpatía entre cliente y proveedor. El miedo a la muerte transfórmase a su vez en pacifismo, afianzado por la convicción de que «la guerra es un mal negocio»: máxima que oímos repetir a todos los estadistas contemporáneos. Pero este doble proceso de «desvirilización», si se permite el vocablo, consistente en el culto exclusivo del bienestar y de la vida sin riesgo, trae una consecuencia orgánica: la disminución de la natalidad que el urbanismo fomenta sin excepción. Pacifismo, humanitarismo y esterilidad restablecen el equilibrio, postrando lenta pero seguramente a la potencia cuva excesiva vitalidad lo perturba. Así empieza a suceder con los Estados Unidos, y así podrán verse un día en análoga situación que la Bizancio de los teólogos y la China de los mandarines. Pues la paz sistemática es una forma de envilecimiento mortal. La guerra es un

estado natural de la especie humana, y la paz es otro; mas ninguno puede constituirse en permanente y definitivo, sin la ruina consiguiente a la consunción o a la plétora.

La reacción ante el peligro eleva la tensión vital; y por esto, a toda guerra, sucede un aumento de la natalidad entre vencedores y vencidos. Es uno de los fenómenos que explican la diferencia efectiva entre el perjuicio real de esos cataclismos y su apariencia aterradora. Diez años después de la Gran Guerra el mundo goza de nunca vista prosperidad. Por otra parte, la muerte en la guerra es de las menos penosas; pues el entusiasmo, el rencor, la emulación, la gloria, alivian considerablemente la angustia y el dolor. Morir por la patria es una suprema belleza.

Todo esto enseña que tanto la guerra como la paz son imposiciones de fuerza. Para el bien como para el mal, hay que ser fuerte. Es decir para vivir la vida en su dura realidad ajena a esos conceptos de nuestro raciocinio. Únicamente los débiles no son nada; y por esto es insensata la pretensión de subordinar el mundo a su mengua, proclamando la falacia de la igualdad. Para ser útil consigo mismo y con los demás, hay que ser fuerte en todos los dominios de la fuerza. Utilidad y eficacia son sinónimas; y esta última palabra significa poder y acción. La misma posesión del cielo en altura, pureza y luz, no es de la paloma sino del águila.

## LA PAZ IDEOLÓGICA

Bajo el más completo dominio que haya alcanzado sobre el mundo la ideología liberal, progresiva y fatalmente degenerada en socialismo, y con ello antimilitarista, estalló quince años ha la mayor guerra de la Historia. Para quienes profesábamos esa doctrina como un sistema racional y no como un dogma, el rudo experimento comportó un desengaño, pero también una enseñanza. Lejos de encastillarnos en las ruinas o de sentarnos a llorar sobre la tumba de aquella noble ilusión, aceptamos la realidad contraria a nuestra creencia, reconociendo la equivocación que habíamos padecido. Esto era importante, no como actitud personal, puramente filosófica, sino porque acarreaba el resultado político de una mejor adaptación nacional a condiciones de vitalidad más próspera. Fué, bajo este concepto, un renacimiento del patriotismo. Entramos a comprender que para la nación resultaba más importante la potencia que el derecho y la soberanía que la libertad. Pues la vida no era un régimen jurídico ni moral sino un estado de fuerza. Así la Patria definíase como una expresión de victoria, un dominio, ajeno a las satisfacciones o conformidades intelectuales que llamamos lógica y verdad; habiendo consistido el error ideológico denominado liberalismo, en creer que la Patria debía subordinárseles. La experiencia enseñó exactamente lo contrario. Fué la Patria quien subordinó a su necesidad, lógica, verdad, derecho y conciencia; y los conflictos personales que hubo al respecto resultaron casos de traición lisa y llana.

Lejos de ser todo eso una desgracia, como parecía indicarlo la lógica del fracaso liberal, todos los pueblos azotados por la guerra están más prósperos que antes, y aquel fenómeno ha acelerado progresos como los de la química, la medicina y la aviación, que bastarían para iluminar una época. La población se ha recuperado. El goce de la vida es mayor. Pueblos enteros como Italia han renunciado al liberalismo y están mucho mejor que bajo aquel régimen. La situación general de fuerza, más conforme con la vida, explica eso en dos palabras. No hay más que verlo en los Estados Unidos bajo el sistema capitalista, que es allá su expresión positiva. La guerra sistemática destruye y arruina, ciertamente; pero la paz sistemática envilece y deprime. Porque la vida es guerra y paz, gozo y dolor, seguridad y peligro. Al culto de la libertad, que era una especie de misticismo civil, lo ha sucedido el culto de la vida, que es necesariamente una apoteosis de la fuerza. Así desde en el auge deportivo hasta en la creciente despreocupación política.

Durante el lapso corrido desde 1914, los hechos siguen mostrando la quimera de la paz ideológica. El penúltimo caso comprobatorio nos lo suministra Rusia, país donde la ideología liberal ha alcanzado con el marxismo su última consecuencia. Mas como si la Historia propusiérase consumar el desengaño, he aquí que estalla una guerra de religión en la misma antigua meta de las Cruzadas. Y con igual objeto: la posesión religiosa de Jerusalem. Esto en cuanto al móvil inmediatamente visible. En el fondo, y con mayor gravedad, como un acto de

rebelión del Islam que se despierta.

Es que a la doble consecuencia de la guerra general y de la revolución rusa, los más importantes países musulmanes: Turquía, Persia y Afganistán, han recobrado la plenitud de su soberanía, empleando la fuerza. Egipto marcha rápidamente al mismo fin, quedando solamente bajo tutela europea la India mahometana, donde aca-

ban precisamente de ocurrir sucesos análogos a los de

Palestina, y la Siria de los mandatos.

Allá parecía todo resuelto. Francia había dominado la sangrienta rebelión drusa, y el Imperio Británico creía seguro su complicado sistema de «hogar judío» y de reinos vasallos en Trasjordania y el Irak. Pero, entretanto, formábase en el corazón de la que, a estilo romano, podríamos llamar Arabia Genitrix, una potencia cuyo éxito sorprendente comprueba la tenacidad biológica de las índoles nacionales y constituye el verdadero foco de la exaltación musulmana en aquella región de Oriente: es el reino del Hedjaz, fundado por el famoso caudillo Ibn-Saúd bajo el signo de la victoria que consumó en

1923 su conquista de la Meca.

Ibn-Saúd es el jefe de los wahabitas, comunidad caballeresca y religiosa como la de los templarios, fundada poco menos de dos siglos ha, con el objeto místico de una iniciación secreta y con el fin moral de restablecer la austeridad de las costumbres patriarcales. Congregados los beduinos a la antigua usanza, es decir mediante la predicación y el hierro, Ibn-Saúd ha logrado fundar un verdadero califato de los tiempos heroicos, que sin renunciar a ningún instrumento útil del progreso occidental, desde el automóvil al rifle de precisión y desde el arado trimotor al telégrafo sin hilos, proscribe el uso personal de la seda y de las joyas, el alcohol y hasta el tabaco, las habitaciones lujosas, el culto suntuario, los festines y los ejercicios, como no sean militares; administra la sociedad y la justicia bajo el más riguroso pie de igualdad y puede mover un ejército de ochenta mil hombres. Allá han buscado refugio todas las víctimas de la ocupación extranjera que en realidad son los mandatos: drusos del Líbano; disconformes de los reinos vasallos; conspiradores de Egipto y de Palestina: fermentos de la rebeldía y del rencor que forzosamente suscitan operaciones de ese género.

Es así, pues, que una guerra religiosa va a estallar por la libertad de los hombres. O sea que los hombres van a seguir combatiendo, tal cual lo han hecho hasta hoy, al constituir la guerra, según claramente se ve, el instrumento de instalación, defensa, seguridad y prosperidad de su especie. Qué gran conquista material o moral, decía Lenín, ha podido lograr el hombre sin la guerra! Pero el fenómeno en cuestión no se limita a los países musulmanes. Todos y cada cual van reaccionando según su índole. El despotismo policial que caracterizaba a la Rusia zarista, su tendencia al imperialismo asiático, que produjo la guerra con el Japón, caracterizan a la Rusia bolchevique. Son cosa rusa, no monárquica o comunista. El «espléndido aislamiento» está de tal modo en la índole británica, que acabamos de verlo restablecerse por agencia socialista en un rapto unánime de popularidad. Así ha pasado también otro ensueño ideológico de paz, o sea el fantástico plan de los Estados Unidos de Europa. Queda todavía como residuo la concordia franco-germánica; pero no bien se desvanezca por reacción natural de las índoles nacionales constituídas desde que existen hombres en ambas márgenes del Rhin, la paz armada, o sea la única que es posible concebir, inspirará la política de Europa. La índole nacional es tan poderosa sobre Ibn-Saúd, restaurador de la Arabia heroica, como sobre Mr. Macdonald, continuador del imperialismo isabelino. ¡Qué insignificante resulta la ideología ante la grandeza de ese panorama histórico! La paz no es un desistimiento de la compasión inerme sino un acto de la voluntad armada. Comporta un éxito militar. El fruto mismo de la victoria.

## LA PATRIA INMORTAL

Corresponde al gobierno socialista de la Gran Bretaña el inesperado tropiezo de la conferencia reunida en La Hava para el arreglo definitivo de la gran guerra, mediante la consolidación final de las deudas entre los beligerantes y la evacuación militar de los territorios mantenidos en prenda. Aunque ambas medidas figuran en el programa del socialismo internacional, laborismo británico inclusive, y por más que hayan motivado tanto reproche socialista contra el capitalismo y el militarismo responsables de su postergación, el referido gobierno adopta idéntica conducta para evitar la rebaja de la cuota correspondiente a su país en las reparaciones que el deudor ha de pagar. Hace de ello una cuestión patriótica, y en tal virtud lo acompaña la opinión entera de su pueblo. Resulta así más patriota que los conservadores, a quienes acaba de reemplazar por ese motivo, precisamente; y entre el afianzamiento definitivo de la paz europea y la conveniencia nacional, no vacila en decidirse por esta última. Hace con ello perfectamente bien; pero ésta es, adviértase, una opinión burguesa y reaccionaria. Por otra parte, ese mismo concepto fué el que tanto reprocharon a Poincaré cuando la ocupación del Ruhr los socialistas, laborismo inclusive, haciendo lo propio con Mussolini cuando proclamó la interdependencia de las deudas y las reparaciones. Corresponde todavía notar que el socialismo británico resulta así menos generoso para Alemania que el capitalismo americano, y tan intransigente como el militarismo francés de la ocupación, mientras en el fondo viene a adoptar la proposición fascista. Y nadie discute tampoco el probado colectivismo de los señores Macdonald y Snowden. Pero una cosa es la doctrina internacional y otra el gobierno del Imperio Británico. Entre abominar de la patria, según prescribe la doctrina internacional, y declararse buenos patriotas conforme a la conveniencia británica, dichos señores han preferido esto último. Recojamos tan autorizada lección.

Al propio tiempo, sábese que el arreglo intentado en La Haya contaría de antemano con la desaprobación de los nacionalistas y comunistas alemanes, para quienes resulta intolerable a la patria toda exigencia de reparación, por doble motivo de honra nacional y de conveniencia económica. Allá el socialismo acepta lo que no en Gran Bretaña, mientras lo repudia el comunismo ins-

pirado por Moscú.

En esta Roma Roja del marxismo internacional, acaba de presenciarse algo más significativo todavía. El conflicto con China, república socialista a su vez, por la administración posesoria del ferrocarril trasmanchuriano, suscita inmensas demostraciones públicas, que al grito de «Viva la Patria Socialista» exigen condigna venganza del ultraje inferido a la bandera nacional, y proceden al enrolamiento espontáneo en las filas del ejército. El comunismo gobernante, lejos de contenerlas en homenaje a la fraternidad humana y odio a la guerra, siquiera por tratarse de un estado colectivista, las estimula resuelto. Pues una cosa es la prédica antimilitarista y antipatriótica para el gasto internacional, y otra el gobierno de la Santa Rusia. A pesar de su adjetivo doctrinario, la «patria socialista» resulta una patria como cualquier otra, con bandera, con ejército, con honra nacional, con diplomacia secreta—ya que otra no puede haber—y hasta con guerra imperialista por el dominio estratégico y comercial de un ferrocarril.

Todo cuanto habíamos calificado de paradoja sectaria

los corifeos de la política realista—o reaccionaria, si se prefiere esta expresión—resulta confirmado así por los hechos. Los pueblos tienen patria, y la tendrán, a despecho de la ideología ecuménica. La humanidad no es una entidad jurídica, filosófica ni dogmática, sino un género natural de índole belicosa, que por la capacidad heroica de morir nos pone entre las fieras nobles, y por la alimentación entre los carnívoros de presa. Esta realidad biológica incluye una capacidad especial, que es la de civilizarse, organizando la estadística de los fenómenos y calculando sobre ella la probabilidad de su repetición; sistematizando conocimientos y acciones, con el fin de aprovechar ese cálculo; imaginando estados metafísicos de complacencia y conformidad, y dirigiendo para el bienestar común las tendencias colectivas. Es lo que sintéticamente denominamos ciencia, economía, disciplina, religión, arte, filosofía, gobierno. Dicha forma peculiar de agregación diferencia al género humano de los otros, y le da superioridad sobre ellos.

Pero esta evidencia, a su vez, engendra ilusiones. Así llegan algunos hombres a creer que la facultad de razonar los fenómenos comporta la de gobernarlos mediante el raciocinio. Entonces inventan sistemas lógicos, a los cuales debe conformarse necesariamente la sociedad humana, «porque así es la verdad». Imaginados para el bienestar común, sin lo cual no prosperarían en la opinión corriente, esos sistemas formulan siempre aspiraciones de la debilidad al disfrute igualitario de las ventajas inherentes a la fuerza, sin los riesgos que ocasiona la aplicación de esta última: paradoja esencial cuyo logro sólo puede concebirse en otro mundo o pretenderse en el nuestro mediante una serie de negaciones idealistas: libertad absoluta, pueblo sin patria, seguridad sin defensa, riqueza sin capital...

Ahora bien: toda verdad es una probabilidad de sentido común. Si asume carácter realista, puede experi-

mentarse, observarse o razonarse, y constituye ciencia. Si asume carácter idealista, es fe y constituye religión. Pero lo que nunca puede constituir es política; porque esta actividad es un arte empírico de conducir la nación según va siendo conveniente y sin otro propósito que esa misma conveniencia: determinación que impone un criterio de certidumbre inmediata cuyos errores son imperdonables, pues implican un desastre irreparable para el que lo causa. Por esto el buen capitán se hunde con su buque náufrago. La nación es un hecho ajeno a la verdad y a los sistemas ideados en su nombre. Y he aquí por qué a despecho de todos ellos, la patria permanece y es la misma en todas partes. Vale decir que existe, no como quieren los ideólogos, sino como puede existir.

El objeto de toda organización nacional es el bienestar de los hombres reunidos bajo esa forma política, y consiste en la posesión de la justicia y de la riqueza. Así comporta la satisfacción moral y material de aquéllos, según lo entiende cada grupo humano reunido en nación: facultad de organizarse y de proceder que denominamos soberanía. Cuando el ejercicio de esta facultad contraría violentamente el de otra, hay guerra entre las naciones y consiguiente victoria de la más fuerte. Esta impone entonces su norma de conveniencia y de justicia, y el equilibrio internacional que sobreviene es la paz: estado relativo y contingente, que resulta, como se ve, una expresión de fuerza. Es lo que en cada nación el orden para el individuo, y ninguno de ambos ha podido alcanzar hasta hoy efectividad virtual y permanente. Puede concebirse la paz perpetua y el orden sin autoridad, como la vida sin término, o cualquier otra abstracción; pero no realizarse. Puede también postularse esta realización dentro de la lógica; pero como ignoramos si la vida es lógica, vale decir si sus fenómenos se adecuan a esta sistematización estadística de los sucesos percibidos por el hombre, aquella postulación resultará siempre una hipótesis. El hombre carece de poder para someter la vida a su lógica, porque esto equivaldría a embarcar el mar en la chalupa que lo navega: absurdo que lleva en sí la evidencia de su fracaso.

Pero el ideólogo deviene cautivo de su sistema hasta un punto tal, que según ha pasado en Rusia, crea el estado de miseria para formar así ambiente propicio a la realización de su invento lógico; sin ver que con ello anula su mismo propósito de abolir la miseria. El ascetismo congénere propónese llegar a la bienaventuranza por medio del tormento; y el racionalismo jacobino prefiere a su vez «que perezcan los pueblos con tal que se salven los principios». Nada comprueba mejor que el fanatismo es una especie de imbecilidad.

Así, lo cierto y positivo es que los pueblos permane-cen y los principios cambian. Porque tampoco hay tales principios, o sea normas inmutables de conducta. De tal suerte, el pacifismo, más que un prejuicio burgués como decía Lenín, es una necia cobardía. No hay vida sin riesgo, y la nación es una forma de vida. Por esto no hay patria sin peligro ni posibilidad de que exista sin ejército, o sea lo primero que el ideólogo quisiera, precisamente, suprimir; sin economía propia, sin egoísmo nacional, sin diplomacia secreta. Es lo que enseñan con dominante claridad los acontecimientos que al empezar mencioné. Si la conferencia de La Haya hubiérase efectuado en reserva, ni la desbarata el discurso de Snowden, ni le obstruyen toda salida los recelos suscitados por su clamorosa publicidad. Ningún diplomático hon-rado y capaz cree que pueda existir diplomacia pública. Por ello, y esta es otra enseñanza de gran valor, no existe en la actualidad diplomacia más secreta que la rusa. La paz no es un estado de conciencia ni un acto de voluntad, sino una posibilidad biológica. Ni consiste en el desarme, porque los pueblos, como los individuos, no pelean por hallarse armados, sino que se arman porque pelearon primero. El instinto belicoso y la necesidad defensiva crean los armamentos, y no al contrario. Por esto, tampoco habrá desarme, sino únicamente limitación y equilibrio. Una vez más en la Historia, la realidad se encarga de enmendar los excesos de la ideología. La patria es una realidad viviente más necesaria que cualquier sistema ideológico, y a todos los sobrevive y aventaja con la misma superioridad que los sentimientos a las ideas. Cambian así los conceptos y leyes concernientes al amor, pero no el afecto que los motiva. Acábanse las armas y los sistemas de guerrear, pero no la guerra. Pasan los dioses y los cultos, pero el sentimiento religioso no. La patria es una de esas entidades supremas.



